

CRISTIANDAD

Año XXIII - Núm. 422

BARCELONA

ABRIL 1966

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL

SALUDO DE PABLO VI AL PRIMADO ANGLICANO

CONTESTACION DEL PRIMADO ANGLICANO

DECLARACION CONJUNTA

COMO SE HIZO CRISTIANA INGLATERRA

José M.^a Mundet Gifre

TRADICION CRISTIANA CONSERVADA EN EL ANGLICANISMO

M. A. López Suñé

ORTODOXIA DEL ANGLICANISMO HISTORICO

EL ANGLICANISMO MODERNISTA SINE EPISCOPO NIHIL AGATIS

J. G.-Quevedo, S. I.

SINCERIDAD

Roberto Cayuela, S. I.

PRESENCIA EUCARISTICA

Monseñor Garrone

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION: ISRAEL NUEVO ESTADO: SU ESTRUCTURA AGRICOLA E INDUSTRIAL. XVI

Luis Creus Vidal

CONGRESO INTERNACIONAL

Manuel Poch Campdurá

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 2212775

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

ROMA Y CANTERBURY

«Desde esta ciudad de Roma, de la cual enviado por el Papa San Gregorio Magno partió para Inglaterra San Agustín...» Estas palabras con que se inicia el comunicado conjunto del Jefe Supremo de la Iglesia católica y el Primado de Canterbury, actualizan el estudio de la conversión de Inglaterra, el cisma y la posterior evolución del anglicanismo.

La objetividad de esta declaración debe ahuyentar en todos, tanto católicos como anglicanos, cualquier falsa posición en un posible diálogo que sea verdaderamente cristiano; tanto un exagerado pesimismo como un falso optimismo. Aunque los encargados de las relaciones entre las dos iglesias tienen la obligación de profundizar en el estudio de todas las facetas del problema, sólo la oración continua y confiada, y principalmente la gracia de Dios, pueden lograr la solución. No otra cosa podría desprenderse de la situación en que se hallan las relaciones entre Roma y Canterbury.

Por la voluntad de una reina, Berta, entró en Inglaterra el cristianismo. De su desarrollo dan fe la numerosa pléyade de santos con que se honra la Iglesia de Inglaterra y por tanto la Cristiandad. Pero a causa de otra mujer, Ana Bolena, vino la escisión. Y una cuestión que en principio se presentaba como meramente disciplinaria, acabó en la separación de Inglaterra de la Iglesia católica.

Pero junto a la acción de Enrique VIII, Inglaterra sufrió la protestantización de Crammer que condujo a los 39 Puntos, resumen oficial de las creencias que en los siglos pasados admitían los anglicanos.

Desde los seis puntos, con que Enrique VIII (1) se enfrentó a Tomás Cronwell y Crammer, hasta el Report doctrinal del anglicanismo de 1938 (sugerido en la Conferencia de Lambeth de 1920) va todo el camino que separa la ortodoxia del liberalismo religioso extremista.

Vista así la evolución histórica de la Iglesia de Inglaterra el diálogo podría adquirir una triple dirección.

Es evidente que con el Report de Lambeth no hay acuerdo posible. Y si los 39 puntos no pueden interpretarse como católicos en su totalidad no quedaría otra solución que volver a San Agustín, es decir a la fe primitiva común que es la de la Iglesia católica y «olvidando lo que queda atrás, lanzarse de lleno a la consecución de lo que está delante; correr hacia la meta, hacia el premio, al cual Dios nos llama desde lo alto en Cristo Jesús» (Fil., 3, 13-14).

Pero el caso del movimiento de Oxford abre una esperanza especial: Newman y sus compañeros, aunque se convirtieron por el estudio de la Iglesia de los primeros siglos, profesaban en su radicalidad, es decir, interpretándolas en su sentido más profundamente católico, los 39 puntos.

La comparación que sugerimos entre éstos y el Report de 1938, y siempre en la mente el recuerdo de la fe que profesamos a Roma, aclaran, nos parece, el camino que debe seguir cualquier diálogo.

J. M.^a M. G.

(1) Es muy útil para comprender este número ver el artículo COMO HICIERON PROTESTANTE A INGLATERRA, Cristiandad núms. 414-415.

SALUDO DE PABLO VI AL PRIMADO ANGLICANO

Nos recibimos con emoción, con gozo, con esperanza, vuestra gratísima visita, que nos complace tanto y os agradecemos sinceramente de todo corazón intercambiando con vos el saludo cristiano: Que la paz del Señor permanezca en vos, con las dignas personalidades que os acompañan, con todos aquellos que reunís en torno a vos y que representáis.

En la luz de Cristo comprendemos la particular importancia de este encuentro de la Iglesia Católica Romana con la Iglesia de Inglaterra y con las otras iglesias de la comunión anglicana. Los que creen en Cristo están espiritualmente presentes, el mundo observa, la Historia lo recordará. Vos renováis el acto de gran cortesía realizado por vuestro honorable predecesor, Su Gracia el doctor Fisher, para con nuestro predecesor, el inolvidable Papa Juan XXIII, de llorada memoria. Vos reconstruís entre la Iglesia de Roma y la de Canterbury un puente que se había hundido hace siglos; un puente de respeto, de estima y de caridad. Vos avanzáis en este camino todavía inestable, todavía en reconstrucción, por vuestra propia iniciativa y con una sabia confianza. Que Dios bendiga vuestra intrepidez y vuestra piedad.

Quisiéramos que vuestra primera impresión al pasar el dintel de nuestra casa no sea el de llegar a una casa extraña, sino a una casa que, por razones siempre válidas, podéis llamarla vuestra. Nos somos feliz de abrirnos sus puertas y con ellas nuestro corazón. Aplicando a este acontecimiento las palabras de San Pablo, Nos somos feliz y honrado de recibirlos, "no como extranjeros y huéspedes, sino como conciudadanos, santos y miembros de la casa de Dios". Ciertamente, desde lo alto del Cielo San Gregorio el Grande y San Agustín nos miran y nos bendicen.

Nos damos perfectamente cuenta de los diversos aspectos de este acontecimiento, y, en primer lugar, no dudamos en señalar la importancia histórica de este momento. Nos parece grande, casi dramático y feliz si

pensamos en la larga y penosa historia a la que quiere poner fin y en el nuevo desarrollo que puede ser preludio en las relaciones entre Roma y Canterbury; desde ahora, la amistad debe inspirarnos y guiarnos.

Vemos también la importancia civil que puede tener este ejemplo de concordia bien comenzada y esta resolución de colaboración práctica para la paz de las naciones en el mundo y para la promoción de la fraternidad cristiana entre los hombres.

Más allá vemos el valor ecuménico de nuestro encuentro. No olvidamos las cuestiones graves y complejas que tal encuentro plantea, aunque su finalidad no sea el de resolverlas ahora: tales cuestiones están presentes aquí en sus puntos esenciales, siempre tan difíciles, pero que están formulados de tal manera que podamos estudiarlos en común en adelante, sin ningún resentimiento procedente del orgullo humano, sin sombra alguna de interés terrestre, en acuerdo con la palabra de Cristo y con la asistencia del Espíritu Santo.

Finalmente, vemos el valor propiamente espiritual y religioso de nuestra común búsqueda de una profesión común de fidelidad a Cristo y de una oración antigua y nueva que pueda armonizar los espíritus y las voces en la celebración de la grandeza de Dios, de su plan de salvación de toda la Humanidad en Cristo. En el campo de la doctrina y de la disciplina eclesiástica existen todavía diferencias y distancias entre unos y otros. Por el momento debe ser así, por respeto de la variedad y de la libertad hasta que podamos merecer la gracia suprema de la verdadera y perfecta unidad en la fe y en la comunión. Pero la caridad puede y debe ejercerse entre nosotros desde ahora y mostrar su fuerza misteriosa y prodigiosa: "Donde hay caridad y amor, allí está Dios".

Por todo esto, es un gran día este que, merced a la bondad de Dios, vos nos hacéis vivir. En este día, alegrémonos y gocemos juntos.

CONTESTACION DEL PRIMADO ANGLICANO

Con profunda gratitud y afecto fraterno en Cristo presento mi saludo a Vos como vuestro huésped en esta Ciudad del Vaticano. Os saludo en mi calidad de arzobispo de Canterbury y presidente de la Conferencia de Lambeth de los obispos de la Comunión Anglicana del mundo entero. Paz a Vos y a todos los cristianos que viven y oran en la obediencia a la Iglesia Católica Romana.

He llegado con el vivo deseo en el corazón, deseo que estoy seguro está también en vuestro corazón, de ayudar con nuestro encuentro a la realización de la oración de Nuestro Divino Señor, para que todos sus discípulos lleguen a la unidad en la verdad.

Todo el mundo cristiano rinde su agradecimiento a Dios omnipotente por todo lo que hizo el Papa Juan XXIII, tan amado, para servir la unidad que tanto

amó. Vuestra Santidad trabaja y eleva sus oraciones por la unidad, animado de la misma divina inspiración y con ese fin se reunió en Jerusalén con el patriarca Atenágoras y ahora me recibe a mí en Roma. Quiera la gracia de Dios hacernos capaces de servir su divino propósito con este nuestro encuentro y hacer que todos los cristianos de cada lugar se hallen en grado de sentir el dolor de su división y tratar de buscar la unidad en la verdad y en la santidad.

En el camino hacia la unidad existen graves dificultades de doctrina. Es ésta para mí una razón de mayor esperanza y ciertamente que será la esperanza de Vuestra Santidad, en modo que aumente el diálogo entre los teólogos católicos romanos y anglicanos y de las otras tradiciones, para explorar conjuntamente la divina revelación. En el camino que conduce a la unidad existen

también dificultades de orden práctico que pueden ofender la conciencia y los sentimientos del pueblo cristiano. Mayor motivo éste para que los argumentos sean discutidos conjuntamente con paciencia y caridad. Aun cuando la meta de la unidad está todavía muy lejana, los cristianos pueden ya religarse en el hecho de su común bautismo en el nombre de Dios uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y pueden ellos ya orar unidos, rendir común testimonio a Dios y servir comúnmente a la Humanidad en el nombre de Cristo.

Sólo viendo a nosotros los cristianos crecer visiblemente en la unidad, el mundo aceptará, a través de nosotros, el divino mensaje de paz. Deseo unir mi voz a la de Vuestra Santidad, implorando que las naciones acuerden abandonar las armas de la destrucción, resolver sus diferencias sin guerras y encontrar una soberanía superior a la de cada uno de los Estados. De este modo, el canto de los ángeles resonará en la voluntad y en la obra de los hombres "Gloria in excelsis Deo et in terra pax".

DECLARACION CONJUNTA

EN Roma, la ciudad de la que salió hacia Inglaterra, enviado por el Papa San Gregorio el Grande, San Agustín, fundador de la sede de Canterbury, considerada hoy por todos los anglicanos centro de su comunidad cristiana, Su Santidad el Papa Pablo VI y su gracia Michael Ramsey, arzobispo de Canterbury, que representa la Comunidad anglicana, se han encontrado para intercambiarse un saludo fraterno.

Al final de su encuentro dan gracias a Dios todopoderoso, que ha creado, por medio del Espíritu Santo, durante estos últimos años, un nuevo clima de fraternidad cristiana entre la Iglesia católica romana y las Iglesias de la comunión anglicana.

Este encuentro del día 23 de marzo de 1966 señala una nueva etapa del desarrollo de relaciones fraternas fundadas sobre la caridad cristiana y sobre un sincero esfuerzo para eliminar las causas de conflicto y para restablecer la unidad.

Queriendo obedecer a Cristo, que manda a sus discípulos que se amen unos a otros, declaran que, con su ayuda, ponen en manos del Dios de misericordia todo lo que ha podido ser en el pasado contrario a este mandato de amor, conformándose a la actitud del Apóstol, que declaraba: "Olvidando lo que queda atrás, me lanzo de lleno a la consecución de lo que está delante; corro hacia la meta, hacia el premio, al cual Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús". (Fil., 3, 13-14.)

Expresan el deseo de que los cristianos pertenecientes a ambas comunidades estén animados por los mismos sentimientos de respeto, estima y amor fraterno. Y para favorecer y promover este mutuo acercamiento, proponen que entre la Iglesia católica romana y la Comunión anglicana, se instaure un serio diálogo que tenga por base el Evangelio y sus antiguas tradiciones comunes y pueda conducir a aquella unidad en la verdad por la cual ha orado Cristo.

Este diálogo comprenderá no sólo argumentos teológicos, como la Sagrada Escritura, la Tradición, la Liturgia, sino también aquellas cuestiones que promueven dificultades de orden práctico por entrambas partes. Su Santidad el Papa y su gracia el arzobispo de Canterbury tienen conciencia, es verdad, de las grandes dificultades que impiden la restauración de una completa comunión de fe y de vida sacramental, pero están unánimemente determinados a promover contactos responsables entre las dos comuniones en todos los campos de la vida de la iglesia en los que la colaboración puede llevar a conseguir una mejor comprensión y una caridad más profunda. Están también determinados a realizar el esfuerzo necesario para ver de solucionar de común acuerdo los grandes problemas que encuentran hoy día los que creen en Cristo.

Que esta colaboración, con la gracia de Dios Padre y en la luz del Espíritu Santo, acelere la realización de la oración de Jesucristo Nuestro Señor por la unidad de sus discípulos, y que el progreso hacia la unidad refuerce la paz en el mundo, la paz que sólo Aquel que da la paz "que sobrepasa toda inteligencia" puede dar. Que esta paz, con la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, permanezca siempre con los hombres todos.

Dado en San Pablo Extramuros (Roma) el día 24 de marzo del Año de Gracia 1966.

COMO SE HIZO CRISTIANA INGLATERRA

“La conversión... fue en realidad el comienzo de todas las cosas en la historia inglesa...: un acto que fusionó media docena de comunidades aisladas de bárbaros en el cuerpo común de una Sociedad Occidental naciente.” (1). Cualquiera reconocerá en estas palabras del genial historiador inglés Toynbee la particularización de una tesis más general a la que él mismo no es ajeno: la de la influencia decisiva que en la formación de toda la Sociedad Occidental ha tenido la Iglesia Católica. Pero en Toynbee el caso de Inglaterra adquiere quizá mayor importancia por cuanto es su punto de partida, su modelo, para el estudio de la formación de todas las civilizaciones. Por esto hay que tener presente la seguridad con que el autor del “Estudio de la Historia” debe pronunciarlas. Ahora bien, donde Toynbee se levanta para hacer filosofía de la Historia vamos a detenernos nosotros para buscar en la acción de la Iglesia el principio de la nación inglesa.

Dejemos momentáneamente el uso de la palabra Inglaterra para distinguir en el conjunto de las islas, tres regiones: Irlanda, poblada por los scotos; Escocia, por los pictos; y Bretaña, habitada por bretones. Esta escueta división que sería incompleta para un estudio más amplio parece aquí suficiente. Dejamos aparte el hecho de que del nombre *scoto* deriva Escocia, país que se supone habitado mayormente por los pictos. Estos tres pueblos, pertenecientes al grupo étnico de los celtas habitaban las islas del estaño el año 43 (d. J. C.) cuando llegan a ellas las legiones romanas, enviadas por el emperador Claudio.

La romanización de Bretaña, única región, aparte el sur de Escocia, donde entraron los romanos, nunca fue profunda y la tierra de los bretones tuvo más carácter de campamento militar que de verdadera colonia (2). Las legiones de Britania intervinieron varias veces, y algunas de una manera decisiva, en la política interna de Roma. En una de ellas proclamaron emperador a Constantino III (407) y éste marchó con todas sus tropas sobre el continente para hacer valer sus derechos al trono. Complicada la situación por la acción cada vez más fuerte de los bárbaros germanos, ya no volvieron las tropas romanas a la Britania, y las islas fueron dejadas al arbitrio de los pueblos navegantes del norte, como luego veremos.

La Iglesia, que por especial designio de Dios, aprovechó la expansión del Imperio romano, evangelizó en pocos años todo el mundo civilizado, pero donde el orden romano desapareció pronto, y éste es el caso de Bretaña,

quedaron unos grupos cristianos sujetos a todos los vendabales y separados por la distancia de la cátedra de Pedro. Ello explica, en parte, el hecho de que se formara allí una cristiandad muy particular con una mentalidad propia que pudo ser de gran importancia en la historia de la cultura occidental.

Los principios del cristianismo en los países célticos son muy oscuros. Es cierto que en el siglo IV la Iglesia tenía algunos sólidos puntos de apoyo en la Bretaña romana: en Eboracum (York), Londinium (Londres) y en la Colonia Lindensium (Lincoln). Se señala la participación de obispos bretones en los concilios de Arlés (314) y Rímíni (359).

Pero donde florece el trigo germina la cizaña y el arrianismo y el pelagianismo hicieron muchos adeptos — Pelagio era bretón — entre los celtas hasta el punto de que fueron necesarias dos misiones de San Germán de Auxerre (429 y 431) para volver la región a la fidelidad a la verdadera doctrina.

En Irlanda tampoco están claros los orígenes de su cristianismo: en 430 — según otros 431 — el papa Celestino I habría enviado a Paladio — ¿Obispo o diácono? — “a los scotos que creen en Cristo”. Esta frase indicaría la existencia anterior de cristianos, pero tanto la historicidad de Paladio como la situación religiosa de Irlanda quedan envueltas, según varios historiadores, en la duda entre lo histórico y los legendarios (3).

Lo cierto es que Patricio — bretón según unos, galorromano para otros — llega hacia 432 a Irlanda donde expande el cristianismo ayudado por otros monjes, con grandes dificultades debido a la actitud de los druidas, pero con gran éxito.

En 441-442, los anglos, sajones y jutos, pueblos de raza germánica, procedentes del norte de Europa, siguiendo la corriente general de los bárbaros, invaden la antigua Britania romana. En la lucha contra los celtas, salen vencedores y expulsan a éstos hacia el oeste, Cornualles y país de Gales.

La leyenda ha recordado los episodios de la invasión en la literatura céltica del Rey Arturo y los Caballeros de la Tabla Redonda. La leyenda y la historia han recordado también la ferocidad de los anglosajones, muy superior a la de los demás pueblos bárbaros invasores de Europa. La explicación parece muy sencilla: los que invadieron las Galias, España e Italia atacaron los restos de Imperio romano de frente y antes de avanzar habían sufrido una romanización, aunque superficial. Los anglosajones, situados siempre más al norte, se desviaron de la línea norte-sur y se situaron en una región donde en lo cultural y político no se recorbada apenas a Roma. Precisamente lo poco que quedaba fue relegado al oeste por la ferocidad de los invasores impidiendo así la inmersión en lo romano.

Los anglosajones no inundaron, barrieron.

(1) Arnold J. Toynbee, “Estudio de la Historia”, tomo I. Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1951, pág. 41.

(2) “Historia Universal”, tomo II. Dirigida por Walter Goetz. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1945, pág. 446.

(3) Pueden consultarse, entre otros los siguientes autores: Rohrbacher, “Histoire universelle de l’Église Catholique”, tomo V, X. Rondelet et Cie., éditeurs, Paris, 1900. Fliche-Martin, “Histoire de l’Église”, tomos IV y V. Bloud & Gay. Paris, 1948.

EVANGELIZACION*

Era tal la fama de ferocidad de los anglosajones, que los primeros monjes, enviados por San Gregorio a fin de evangelizarlos, no se atrevieron a desembarcar en la rubia Albión de miedo a aquellos bárbaros considerados, con justa razón, como crueles cazadores de sus semejantes. Pero el Papa insistió en su propósito, y San Agustín Abad, acompañado de cuarenta monjes benedictinos, desembarcó el año 597 en la pequeña isla inglesa de Thanet. Para los anales de la Iglesia este desembarco sólo es comparable al de Colón en la isla Guanahani el 19 de octubre de 1492. Ni un solo anglosajón era entonces cristiano, como tampoco había cristianos entre los indios americanos, y si bien es cierto que los anglosajones del siglo VI superaban en civilización a los aborígenes de América también es verdad que los aventajaban en cuanto a crueldad.

Durante siglo y medio estos bárbaros de raza germánica, que adoraban a Odín — el dios de las matanzas —, habían hecho una guerra terrible de exterminio contra los cristianos bretones de raza celta que habitaban la isla desde remotos tiempos; los cuales, después de haber defendido palmo a palmo las tierras de sus antepasados, tuvieron por último que retroceder hacia el sur y el oeste. Unos se refugiaron en las montañas de la península de Cambria (el actual país de Gales), y otros atravesaron el canal de la Mancha para instalarse en Armórica (península francesa que por eso tomó el nombre de Bretaña). Desde esas tierras y profesando un odio profundo a los sajones, mantuviéronse los bretones en pie de guerra contra los conquistadores de su patria, negándose a tener relación con ellos y a intentar su evangelización. Guardaban el cristianismo como monopolio de su raza, e imploraban a Dios, no la conversión de sus enemigos, sino su ruina y exterminio. Y las hazañas del legendario rey Arturo y de los célebres caballeros de la Tabla Redonda no fueron sino episodios, reales o míticos, de la guerra a muerte entre sajones paganos y cristianos bretones. Pero lo que estos últimos, en su odio, no quisieron intentar, San Agustín Abad, impulsado por la caridad de San Gregorio Magno, lo llevó a cabo con sorprendente éxito.

La isla de Thanet, donde desembarcó el legado pontificio, pertenecía al reino sajón de Kent y hacía treinta y seis años que allí reinaba un príncipe de costumbres menos crueles que las de sus hermanos de raza. Llamábase Etelberto, y su esposa — biznietta de Santa Clotilde — era una princesa franca y católica de nombre Berta, la cual, conservando sus

creencias influyó para que su marido recibiese cordialmente a la embajada de San Gregorio.

En su mensaje al rey sajón el Papa manifestaba enviarle, con Agustín y sus monjes, la Buena Nueva de la Redención de la humanidad, y los medios de apropiarse los méritos y gracias que Jesucristo había adquirido con su pasión y muerte, para todos los hombres. Etelberto contestó, cautamente, que como por primera vez oía cuanto se le contaba, dudaba de la verosimilitud del relato, y que le era imposible abandonar las creencias que desde hacía tanto tiempo profesaba junto con todo su pueblo. Empero aseguró a San Agustín que no le haría ningún daño, y dejaría a los monjes en libertad de predicar la nueva religión y convertir a cuantos pudieran.

Grande fue el gozo del Papa al enterarse de la pacífica acogida que habían tenido sus enviados. Inmediatamente mandó un refuerzo de monjes benedictinos para que ayudaran a Agustín en la predicación del Evangelio, y asimismo remitió a Inglaterra instrucciones sabias y prudentes sobre la forma como debía procederse a fin de enseñar poco a poco la religión y moral cristianas a los anglosajones, sin herirlos demasiado en sus sentimientos y costumbres.

Siendo Cantórbery la capital del reino de Kent, en ella se instalaron primeramente los benedictinos. Debióse a esa circunstancia que dicha ciudad se convirtiera en la sede episcopal del primer obispo de los anglosajones, que fue el mismo San Agustín Abad. El rey Etelberto dio su palacio al nuevo prelado de su reino, en el cual se construyó la Christ Church, que llegaría a ser la metrópoli de la Iglesia inglesa. Igualmente se remonta a esos tiempos la fundación en Londres de la célebre Catedral de San Pablo y de la no menos célebre abadía de Westminster. El reino de Essex, o de los sajones del Este, recibió también hospitalariamente a los monjes benedictinos, quienes fundaron en la capital de ese reino, que era Londres, una catedral dedicada a San Pablo, la cual fue levantada sobre las ruinas de un templo romano dedicado a Diana. Construyeron, asimismo, una abadía en el islote del Támesis que estaba situado al oeste de Londres, razón por la cual tomó el nombre de Westminster, es decir, monasterio del oeste. Esa abadía estaba destinada a convertirse en el panteón de Inglaterra. Y en ese mismo islote (que hasta que no fue ocupado por los monjes no era más que un pantano cubierto de maleza) edificábase siglos más tarde, junto a la abadía de Westminster, el tan famoso Parlamento inglés. Como dijo Montalambert: "Si Cantórbery representa la existencia religiosa de Inglaterra, Westminster es el centro de su vida política y su verdadera capital; y tanto el uno como el otro se los debe Inglaterra a los hijos de San Benito" (1). Junto

* De la obra "El triunfo del cristianismo", de Ambrosio Romero Carranzo, Emece, Ed. S. A. Buenos Aires.

(1) Carlos de Montalambert, "Los monjes de Occidente".

con la fe católica entró en Inglaterra la civilización, pues los monjes no sólo la evangelizaron, sino que también llevaron a la isla los dones, desconocidos para los anglosajones, de las letras, las artes y el trabajo.

Doloroso es recordar la ingratitud que diez siglos más tarde demostrarían los hijos de la rubia Albión al renegar de la Santa Sede que tanto había hecho por ellos y al perseguir a los monjes católicos que transformaron la ensangrentada tierra de los feroces anglosajones en la merry England de la Edad Media. Sólo consuela pensar que Inglaterra ya no es actualmente una nación perseguidora del catolicismo, y que, tal vez, no está lejano el día en que los ingleses vuelvan en masa al seno de la verdadera Iglesia de Cristo que abandonaron un día aciago de su historia.

El mayor triunfo obtenido por San Agustín de Cantórbéry fue la conversión del rey Etelberto. "El día de Pascua de Pentecostés del año 597, el rey de Kent pidió y obtuvo el bautismo de manos de Agustín, y desde el bautismo de Constantino, exceptuado el de Clodoveo, no se había registrado suceso de mayor importancia en los anales de la cristiandad. Muchos sajones imitaron el ejemplo de su rey, y entonces los misioneros monásticos dejaron su primer asilo para ir a predicar por todos lados. El monarca, siempre fiel al noble respeto que de la conciencia ajena mostró aun antes de ser cristiano, no quiso obligar a nadie a mudar de religión, y se limitó a profesar mayor cariño a quienes, bautizados como él, se hacían sus conciudadanos en la patria celestial. De los monjes italianos había aprendido el rey sajón que la fuerza y la violencia no son compatibles con el servicio de Cristo; y no para unir Inglaterra a la Iglesia romana, sino para arrancarla de ella, mil años des-

pues hubieron de emplear, otro rey y otros apóstoles, los suplicios y los tormentos" (2).

Agustín, nombrado arzobispo de Inglaterra por el Papa, deseaba que los monjes y sacerdotes bretones le prestaran ayuda en evangelizar a los demás reinos anglosajones. Pero, con gran tristeza de su parte, encontró a los bretones encerrados en sus implacables odios nacionales. Ellos se negaron a cooperar en la evangelización de los enemigos de su patria y de su raza. Tampoco quisieron reconocer a Agustín como su arzobispo, pues recelaban de él por tener su residencia en Cantórbéry y hallarse así a merced de los sajones.

En una entrevista que tuvo San Agustín con los monjes bretones del monasterio cambrio de Bangor, y en la cual les pidió su cooperación, el abad de ese monasterio respondió a la súplica del santo diciéndole: "Jamás predicaremos la fe a esa raza de feroces extranjeros que expulsaron vilmente a nuestros mayores de su amada patria y han despojado a sus descendientes de su patrimonio". Ante tanta terquedad y falta de verdadero espíritu evangélico, San Agustín exclamó proféticamente: "Si os negáis ha hacer la paz con hermanos, tendréis la guerra con enemigos. Si no queréis enseñar a los sajones el camino de la vida, de sus manos recibiréis castigo de muerte".

Pocos años después cumpliése esta profecía. Los anglos del norte, que no habían sido evangelizados, invadieron la península de Cambria y pasaron a cuchillo los mil doscientos monjes del monasterio bretón de Bangor. De este modo los tercios bretones pagaron con la vida el no haber querido considerar a sus enemigos como al prójimo a quien Dios les mandaba amar aunque mucho daño hubieran recibido por su causa.

LA UNIDAD RELIGIOSA

El éxito alcanzado por San Agustín en el condado de Kent podía presagiar la pronta y total conversión de Inglaterra. No sucedió así y bueno será resumir brevemente las causas posibles de que el hecho no se produjera.

Cuando los anglosajones alcanzaron una relativa estabilidad en sus posesiones de Inglaterra, ésta quedó dividida de la siguiente manera:

El sur ocupado por los sajones con los reinos de Kent, Essex, Wessex y Sussex, el centro por los anglos repartidos entre Estanglia, Nortumbria y Mercia con lo cual quedaba formada lo que después se llamaría Heptarquía.

Al oeste, como ya hemos dicho antes, quedaron los primitivos habitantes de raza celta, católicos en su mayoría. La unión de Inglaterra fue así retardada por las diferencias entre celtas y anglosajones y por las luchas intestinas entre estos últimos.

Es una lástima que la lejanía de aquellos tiempos los sumerja en las tinieblas de la épica legendaria porque el nacimiento de una civilización marca sus características para toda la vida y en el esclarecimiento de aquella época encontraríamos con toda seguridad el fundamento de la manera de ser que distingue a los ingleses actuales del resto de los occidentales. Pero algo podemos atisbar a través de los escritos de la época, principalmente de Beda el Venerable, que nos permitirán estudiar, aunque sea muy brevemente, los orígenes de la Inglaterra unida.

No parece necesario insistir en las diferencias de tipo político y militar que separaban a celtas y anglosajones. Eran las propias de dos pueblos que estaban en constante lucha por la posesión de unos terrenos que habían pertenecido a los primeros. En lo espiritual el problema era mucho más complejo: Tanto la conversión de los primeros anglosajones, los de Kent, como la anterior de los celtas fue llevada a cabo con mucha paciencia por los misioneros

(2) Ibid.

cristianos procurando en cada caso herir lo menos posible a los indígenas en sus costumbres y tradiciones religiosas. Muchos ritos fueron conservados y "cristianizados" pasando a formar parte del patrimonio religioso de los nuevos cristianos.

Como estas costumbres eran distintas empezaban así las diferencias. Por otra parte como los anglosajones desde el principio se unieron al catolicismo de la Iglesia romana predicado por los benedictinos discreparon de los celtas a los que la secular separación de Roma había llevado a unos ritos que diferían bastante de los oficiales. Tres puntos principales distinguían a los celtas:

- la fecha de la celebración de la Pascua, problema evidentemente técnico que surgía de las diferencias en el calendario lunar de unos y otros,
- la forma de la tonsura eclesiástica y
- el rito de la administración del bautismo.

Por otra parte, a la muerte de Etelberto, el reino de Kent pasó a su hijo, el cual no había querido recibir el bautismo, creándose así dificultades para la Iglesia naciente. Este hecho fue el primero de una serie que se repitió en casi todos los reinos de la Heptarquía. Si a ello añadimos las continuas luchas entre los mismos anglosajones tendremos una idea de lo complicado de la situación y de la dificultad que supone querer explicar con exactitud la evolución del cristianismo en Inglaterra.

En esta situación, en que no se sabe donde acaban las diferencias raciales y empiezan las religiosas o viceversa, todos los esfuerzos de Roma se orientaron a lograr un entendimiento entre los benedictinos y sus descendientes espirituales con los monjes celtas para lograr la total y uniforme cristianización de Inglaterra.

Otro punto de fricción se produjo cuando el irlandés San Columba, que había desembarcado en la isla de Iona el año 562, después de la cristianización de Escocia, se lanzó a la conquista moral de los anglosajones. La reconciliación oficial no se produjo hasta el año 664 cuando, en el concilio de Whitby, se reunieron representantes de las dos mentalidades.

Si bien en la práctica continuaron las rencillas, el primer paso estaba dado y a los pocos años, finales del siglo VII, Inglaterra, dividida en reinos distintos, era toda católica. Ello facilitaría después la unidad política y también el que cuando, unos siglos más tarde, los normandos,

católicos, invadieron Inglaterra no se produjera un verdadero desastre sino que, tras unos años, la unión entre invasores e invadidos fuera perfecta y empezara así definitivamente la historia de la Inglaterra unida. Las diferencias entre normandos y sajones están más en la mentalidad romántica de algunos historiadores y escritores que en la realidad. Pero esto sería tema de otro artículo.

Para tener una idea de la importancia que para la historia de Inglaterra ha tenido la obra de San Gregorio Magno y de sus sucesores en el pontificado oigamos otra vez a Toynbee:

"Hasta el sínodo de Whitby del año 664, los ingleses eran conversos en potencia al cristianismo del «Lejano Occidente» de la «franja céltica», y si la misión de San Agustín hubiera fracasado los ingleses pudieran haberse unido a los galeses y los irlandeses en la fundación de una nueva iglesia cristiana, ajena a Roma — *un alter orbis* tan auténtico como el mundo de los nestorianos en la franja del lejano Oriente de la Cristiandad" (1).

No se puede dudar de que la unión de Inglaterra a la Cristiandad del Lejano Occidente hubiera cambiado completamente la historia de aquella y su inclusión en la Civilización Occidental, al menos en principio, hubiera sido muy problemática.

De la influencia cultural de la Iglesia Católica en aquellos siglos poco hay que decir porque no se diferenció de la tónica general benefactora observada en todas las naciones. Ya hemos hablado del especial cuidado que puso la Iglesia en conservar las tradiciones populares de los celtas y anglosajones. Es de destacar el hecho de que los monjes ingleses fueron casi los únicos de Occidente que tuvieron el conocimiento de la lengua griega. Ello facilitó en gran manera el estudio de los clásicos. La literatura es casi exclusivamente religiosa hasta el punto de que el *Beowulf*, único poema profano en el antiguo idioma anglosajón que ha llegado a nuestros días, está en realidad impregnado todo él de sentimientos cristianos (2).

Finalmente resaltemos un fenómeno muy singular: Gran parte de la labor cultural que realizó la Iglesia en Inglaterra fue por obra de conventos de mujeres. Este hecho nos parece poco menos que único en toda la historia de la Cristiandad y ha sido ampliamente estudiado por muchos, entre ellos Montalambert.

(1) Arnold J. Toynbee, "Estudio de la Historia", tomo I. Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, 1951, pág. 52.

(2) Gustav Schnürer, "La Iglesia y la Civilización Occidental en la Edad Media", tomo I. Ediciones FAX. Madrid, 1955, pág. 367.

JOSÉ M.^a MUNDET GIFRE



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Mayo - 1966

GENERAL: Que entre los niños y jóvenes se promueva la devoción a la Santísima Eucaristía y la Bienaventurada Virgen María.

MISIONAL: Por la paz en las naciones africanas.

TRADICION CRISTIANA CONSERVADA EN EL ANGLICANISMO

EL «CREDO» Anglicano

“El credo formal anglicano no está muy distante de Roma (1), pero es imperfecto y vago lo que da margen a multitud de interpretaciones y variedad de creencias, “Iglesias” y liturgias comprendidas todas ellas bajo la denominación de “Iglesia de Inglaterra” o “Iglesia Establecida”. En realidad se ha identificado con el Estado, especialmente en su elevada jerarquía. “Si no hay Obispo no hay Rey”, decía Jacobo I.

El *antipapismo* es desde luego el común denominador que está en el fondo y une todas estas variedades; tiene sus raíces en el carácter tremendamente individualista de los ingleses y sus antecedentes en el Estatuto *Preamunire* (1364) eco, aunque débil, de la herejía de Wiclef, pero que ya demuestra una tendencia temperamental a sustraerse al arbitrio de la Santa Sede.

Por otra parte esta flexibilidad de las instituciones religiosas inglesas, si no se aviene con la precisión romana, tampoco cierra el camino para las negociaciones, pues Inglaterra, como dijo Palmerston “no tiene amistades ni enemistades eternas, sólo sus intereses son inmutables”.

El Cisma

Tiene una modalidad especial y característica hija de un carácter y circunstancias personales. La prematura muerte del príncipe Arturo, heredero de Enrique VII, hizo rey a su hermano menor que fue coronado con el nombre de Enrique VIII. Mientras vivió Arturo, Enrique estaba destinado a ser Arzobispo de Cantorbery y había sido educado conforme a este plan. Siempre estuvo orgulloso de su ciencia teológica y cuando Lutero predicó en Alemania la Reforma, escribió un tratado sobre los Sacramentos “*Asertio VII Sacramentorum Adversus Martinum Luterum*” que ofreció solemnemente al Papa con dedicatoria:

*Anglorum rex Henricus, Leo X, mittit
Hoc opus et fidei testem et amicitiae.*

Éste le concedió el título de *Defensor fidei*, que todavía hoy llevan los reyes de Inglaterra. Al mismo tiempo Enrique VIII hizo declarar al Papa que no sólo con la pluma, sino también con la espada estaba dispuesto a salir a la defensa de la verdadera doctrina, y que quería ofrecer todo el poder de su reino para combatir las herejías. Empezó a perseguir a los luteranos en Inglaterra (2).

Estas buenas disposiciones duraron hasta que una obstinada pasión por Ana Bolena puso en evidencia su índole indomable y tiránica. Si el Papa hubiera accedido a su divorcio (3) o le hubiera permitido la bigamia

como Lutero se la permitía al Langrave de Hesse (4), no hubiera habido cisma en Inglaterra. Parece que esto había de inclinarle hacia los luteranos, pero no fue así a pesar de que a ello le instaban Tomás Cronwell y el Arzobispo Crammer (5). Por eso la Reforma inglesa difiere de la alemana y conserva mucho del fondo y la forma de la Iglesia romana, especialmente la *alta Iglesia*. Incluso los obispos de los dominios y de Estados Unidos reconocen la primacía del Obispo de Canterbury y forman en conjunto lo que se ha llamado Iglesia episcopaliana, aunque últimamente los Estados Unidos se han emancipado.

Enrique VIII, por lo menos en teoría, quería conservarse en la religión católica, salvo la obediencia al Papa. Aún en plena vorágine de sus pasiones desbordadas, su desequilibrio mental y en el auge de su poder como cabeza de la Iglesia, promulgó y ordenó los 6 *Artículos* (6) que aparte de la obediencia al Papa, que no se menciona, entran completamente dentro de la doctrina católico-romana.

Los 39 Artículos y el «Prayer Book»

Los *Artículos* constituyen lo que puede llamarse el *credo* anglicano, y el “Prayer” el libro de oraciones oficial.

Los *Artículos* reconocen los **Credos católicos; la creencia en la Trinidad; la Encarnación; la expiación; el pecado original; la necesidad de la regeneración; la gracia sobrenatural de los Sacramentos; la sucesión apostólica; la obligación de la fe y de la obediencia; la eternidad y el futuro castigo.**

Pero estos *Artículos* fueron redactados, en forma ambigua, para ganar a los *papistas* sin alarmarlos demasiado, y hacer que los *vacilantes* dieran su adhesión a la Iglesia de Inglaterra.

(4) F. Funk-Brentano, con el título “Matrimonio turco de Felipe el Magnánimo”, cuenta en su libro “Lutero”, pág. 292, Ed. Joaquín Gil, Barcelona, 1941, que Felipe de Hesse cansado de su mujer, de la que no podía divorciarse, por ser hija del Duque de Sajonia y tener de ella 7 hijos, se enamoró de Margarita von der Saal de 19 años y como la personalidad y el noble rango de los padres de ésta no permitían pensar en el concubinato, concibió el proyecto de que se le permitiese tener dos mujeres. Los padres de Margarita consentían en esto siempre que Lutero, Melachton y Bucero diesen un dictamen declarando autorizado el doble matrimonio por la Sagrada Escritura y declarándolo legítimo a los ojos de Dios. Los tres reformadores dieron en una memoria escrita su aprobación a esta unión de Felipe de Hesse con la que los alemanes llamaron *eine Nebenfrau* (mujer agregada).

(5) Crammer se había casado con la hija de Osiamer mucho antes de que fuera permitido el matrimonio de los clérigos y llevaba a su mujer oculta en un baúl perforado.

(6) 1.º El Cuerpo de Cristo está presente bajo las especies del pan y el vino por transustanciación.

2.º La comunión bajo las dos especies no es necesaria.

3.º El matrimonio de los clérigos está prohibido.

4.º Los votos de castidad y de continencia obligan en conciencia.

5.º El uso de las misas privadas debe ser conservado.

6.º La confesión auricular es obligatoria.

Josep Anglés, “Anglicanisme”, Dic de Théologie catholique. v. II, c. 1284. París, 1931.

(1) Newman. “Historia de mis ideas religiosas. Ediciones FAX. Madrid, 1940, pág. 75.

(2) Wilkings, Conc. m. Brit. III, pág. 690.

(3) Véase CRISTIANDAD, n.º 414-15, “Cómo hicieron protestante a Inglaterra”.

"Están evidentemente compuestos con la idea de dejar abiertas grandes cuestiones sobre las cuales hay controversia. Establecen las verdades en general, pero callan acerca de su aplicación. Dicen que toda fe necesaria debe probarse con la Escritura, pero no dicen quien debe probarla. Dicen que la Iglesia tiene autoridad en las controversias, pero no qué clase de autoridad. Dicen que la Iglesia no puede imponer nada más allá de la Escritura, pero no dicen dónde está el recurso cuando lo hace. Dicen que las obras antes de la gracia y la justificación, son inútiles y malas, y que después de la gracia y la justificación son aceptables; pero no hablan absolutamente de obras hechas con la ayuda de Dios antes de la justificación. Dicen que hay hombres legalmente llamados y enviados a ministrar a predicar los cuales son escogidos y llamados por otros hombres que tienen autoridad pública la cual les ha sido dada por la Congregación; pero no dicen por quien ha de ser dada esta autoridad. Dicen que los Concilios convocados por los príncipes pueden errar; pero no determinan si los Concilios convocados en nombre de Cristo pueden errar también" (7).

Cosa parecida ocurre con el *Prayer Book*. Las ceremonias descritas podrían tomarse por ceremonias de la Iglesia católica-romana. Se habla de la Ordenación en la que el Obispo dice: «Recibid el Espíritu Santo»; la ceremonia de la Visitación enseña la confesión y la absolución; en la del Bautismo, el sacerdote habla al niño, después de haberlo recibido, como ya regenerado; habla del Catecismo en el cual en la comunión Sacramental se recibe realmente como el Cuerpo y la Sangre de Cristo; en la ceremonia de la Conminación se invita a hacer obras de penitencia; ... en el calendario, en las rúbricas, se encuentran las fiestas de los Apóstoles, noticias ciertas de otros santos y ayunos y abstinencias...» (8)

Como se ve, cabría ahí casi íntegra la doctrina romana. "Todo lo contrario ocurre cuando se contempla el espíritu insular del anglicanismo, las tradiciones de su establecimiento, sus características históricas, su rencor de controversia y su juicio privado" (9). Es decir, artículos y libro son "un producto perfectamente inglés, que tiene su fuerza precisamente en el espíritu de compenenda y ductilidad británica" (10).

La Biblia y los Salmos

Sería, sin embargo, un error creer que no se mantuvo en los siglos que siguieron a la Reforma, la religiosidad del pueblo inglés. Tenemos la prueba de ello en la historia y más especialmente en las "memorias" de personajes particulares que indican la saludable influencia social y familiar que ejercía el continuo repaso de la Biblia y los Salmos.

"Las plegarias familiares, mañana y tarde; la lectura

de la Biblia, capítulo por capítulo; la obligación de aprender de memoria algunos versículos cada día; el canto de los himnos al son del armonio, la asistencia a la escuela dominical, los largos servicios religiosos cada domingo, con prodigiosos sermones denunciando los pecados y amenazando a los pecadores con la eterna condenación; la creencia en la verdad histórica, literal, de cada palabra del Libro Santo, y un respeto tan grande por éste, que si, por descuido, una Biblia caía de la mesa al suelo, seguía un silencio como si los mismos cielos hubiesen caído; las solemnes conversaciones del domingo, a las que no podía mezclarse ningún tema profano, todos estos pensamientos, todos estos actos, estaban guiados por la religión sin que contara nada más que ella" (11).

El asalto del liberalismo

No han faltado entre los teólogos del anglicanismo quienes a pesar de ver en él la perfecta *via media*, punto de equilibrio entre la Iglesia romana y el luteranismo, su fe en Cristo, la rectitud de su intención y su conocimiento de la Iglesia primitiva les ha llevado a extraer y sentir lo tradicional del catolicismo romano que *podía entenderse* comprendido en el anglicanismo.

Estos espíritus selectos reaccionaron cuando en la primera mitad del siglo XIX el liberalismo penetraba en la religión conduciéndola rápidamente a la indiferencia y frialdad estatal asentada ya en la Alta Iglesia. Conservaba si un ceremonial perfecto, fastuoso en las coronaciones de los reyes, severo en los funerales, grave y correcto siempre aun en sus manifestaciones políticas, pero minado por los gérmenes liberales de ateísmo.

Keble, un anglicano, que murió anglicano, dio en la Universidad de Oxford, el 14 de julio de 1833, el grito de alarma. Consideraba el liberalismo como fatal para la religión anglicana y la Iglesia Establecida. El sermón que se publicó con el título: *Apostasia nacional* dio principio a lo que se ha llamado "El Movimiento de Oxford" (12).

Había expuesto su pensamiento en un libro titulado "Año Cristiano" que llegó a ser clásico en el idioma. El tono general de la literatura religiosa era tan enervado y tan impotente en 1827, que Keble dio una nota original, y despertó en los corazones de muchos miles de personas una nueva música, música de una escuela desconocida por mucho tiempo en Inglaterra... (habla) de lo que puede llamarse, en cierto sentido, sistema sacramental, y es la doctrina de que los fenómenos materiales son tanto tipos como instrumentos de cosas reales e invisibles; doctrina que comprende en su plenitud lo que acerca de los Sacramentos propiamente tales, creen no sólo los anglicanos, sino también los católicos. Asimismo comprende el artículo de la Comunión de los Santos e igualmente los misterios de la fe" (13).

(7) Newman, o. c., p. 60.

(8) *Ibid.*, p. 36.

(9) *Ibid.*, p. 75.

(10) André Mourois, "Historia de Inglaterra". Ediciones Surco. Barcelona, 1943.

(11) Nevinson, citado por André Mourois en "Los ingleses". Ed. Surco. Barcelona, 1944, pág. 74.

(12) Véase CRISTIANIDAD, n.º 36-37, "Roma y Ginebra", de I. La-marca y otros artículos sobre este Movimiento.

(13) Newman, o. c., p. 13.

Y Hurrel Froude, otro de los adalides del movimiento iniciado por Keble en Oxford, "...se gloriaba de aceptar la tradición como principal instrumento de enseñanza religiosa. Tenía una idea alta y severa de la intrínseca excelencia de la virginidad, y consideraba a la Bienaventurada Virgen como modelo. Le agradaba mucho el pensamiento de los Santos; tuvo gran aprecio de la vida de santidad, de su posibilidad y elevación; era más inclinado a creer en una gran frecuencia de intervenciones milagrosas en la edad primitiva y media; abrazó el principio de la penitencia y la mortificación; tenía gran devoción a la Real Presencia y firme fe en ella. Se sentía poderosamente arrastrado a la iglesia medieval, pero no a la primitiva... inculcaba profundamente la idea de la devoción a la Virgen..." (14).

El triunfo del liberalismo

Además de Keble y Hourde, tomaron parte en el Movimiento de Oxford, Pusey y otros muchos teólogos famosos que exponían sus puntos de vista en los llamados "tracs". Newman y Manning fueron los que más se distinguieron y cuya valiente y audaz búsqueda de la verdad les condujo, de momento, a la conclusión de que la *vía media* era una idea imposible, como "mantenerse de pie con una pierna" (15) y de que no había más que dos caminos: *Roma* o el *ateísmo*. El anglicanismo es la casa a mitad del camino de Roma; el liberalismo, la casa a mitad del camino del ateísmo" (16). Profundizaron más en sus estudios con intención de defender la iglesia anglicana, y sus estudios les convencieron de donde estaba la verdad entera. Ambos abrazaron la religión católico-romana.

A pesar de todo, el triunfo del liberalismo fue un hecho, y si prácticamente no se ha llegado todavía al ateísmo total es porque en Inglaterra, como ha dicho muy bien M. C. V. Langlois, "las instituciones duran cuando están establecidas, de otro modo el anglicanismo se hubiera descompuesto ya hace tiempo; la mitad de los fieles hubieran vuelto al catolicismo romano y la otra mitad lo habría abandonado por el protestantismo propiamente dicho".

Ciertamente hay muchas conversiones al catolicismo romano en los últimos tiempos, pero está muy lejos de ser "la mitad". Tampoco puede decirse que se "pasen al protestantismo propiamente dicho", sino que la mayor parte han caído en una indiferencia inoperante.

Se han venido convocando sinodos "panaglicanos" que reúnen a todos los comprendidos en la Iglesia Episcopaliana, de Inglaterra y las Colonias. Fue famoso el de 1908 que juntó en Londres numerosos obispos, eclesiásticos y seglares. Un redactor del *Tablet* dijo de él: "Doscientos obispos instruidos, piadosos, celosos a su manera, han atravesado mares y tierras para tener una conferencia, "reunidos, nos dicen, para tratar de elevadas

cuestiones y promover una acción eficaz". Y he aquí que en virtud de su sistema, son absolutamente incapaces de producir con autoridad una sola decisión dogmática respecto a las controversias que arruinan la paz de la Iglesia, de producir un solo canon dogmático o disciplinario que pueda ser impuesto con autoridad a sus miembros... el Congreso ha mostrado evidentemente la excelencia de la industria y el sentido profundamente religiosos del pueblo anglicano. Pero descubre al mundo entero la desesperante impotencia dogmática de la Iglesia anglicana" (17).

El Report de 1938, consecuencia de la Conferencia de Lambeth de 1920, presenta un panorama mucho más desolador. Se ponen en tela de juicio verdades de las más esenciales de la fe cristiana (18).

¿Optimismo?

El Comunicado conjunto de S.S. Paulo VI y el Primado de Inglaterra, que se ha hecho público estos días, abre ciertamente paso a la esperanza, pues Inglaterra parece que vuelve los ojos a la Iglesia tradicional católica de San Agustín de Cantorbery.

Sin embargo, el camino está erizado de dificultades. Así lo ve el Papa. He aquí un fragmento de la declaración de Paulo VI sobre "La fe y los hombres" refiriéndose a la unión" de los cristianos:

"... porque las dificultades no faltan, y en sí son tales que no dejan prever una solución satisfactoria. Algunos quisieran de la Iglesia Católica sacrificios doctrinales y constitucionales que no puede hacer sin debilitar su fidelidad al Evangelio y a la tradición que del mismo se deriva. La Iglesia Católica desea por su parte allanar el camino del encuentro pleno y definitivo con los hermanos separados, buscando asegurarlos con lógica, para todos honrosa, de las posiciones católicas; buscando honrarlos reconociendo ciertos aspectos de algunas características de sus tesis religiosas, merecedoras del común consenso, y buscando aún favorecerlas, en todo cuando la realidad histórica y la práctica lo consienta, simplificando las exigencias renunciables de la forma expresiva de la adhesión a la única Iglesia; y se confía que este esfuerzo de leal acercamiento será recíproco

Y es esta compleja consideración entretrejida de obstáculos humanamente insurmontables, que la Pascua ilumina de una gozosa esperanza, de la posibilidad de conseguir algún día la perfecta reconciliación de todos los creyentes en Cristo resucitado.

La Resurrección de Cristo es el milagro que nos hace repetir, refiriéndola a nuestro caso la palabra del mismo Señor: «Para los hombres esto es imposible; pero para Dios todas las cosas son posibles» (19).

M. A. LÓPEZ SUÑÉ

(14) *Ibid.*, p. 17.

(15) *Ibid.*, p. 104.

(16) *Ibid.*, p. 141.

(17) "Tablet", 18 de julio de 1908, p. 83 y ss., citado por J. de la Serviere, VACANT, t. IX, c. 266-67 "Episcopalismo". París, 1924.

(18) Véase este número, fragmento del Report con el título "El anglicanismo modernista".

(19) Paulo VI, frag. de la declaración LA FE Y LOS HOMBRES en el "Encuentro ecuménico" transmitido por la televisión italiana el 13 de abril último. "L'Osservatore Romano" de 15 de abril de 1966.

EL ANGLICANISMO MODERNISTA

I. Revelación. — «a) La fe cristiana en Dios como Criador, supone la creencia en una revelación de Dios en la naturaleza; pero Dios se revela, además, de varias maneras y grados, en el curso de los acontecimientos históricos, y en la experiencia y carácter ya de las naciones ya de los individuos. — b) El proceso de esta divina revelación en la Historia y experiencia religiosa del pueblo de Israel, tal como fue interpretado por los profetas y guías del pueblo escogido, culminó en Cristo Jesús, en quien nosotros creemos ver al Verbo hecho Carne... Idéntica revelación de Dios tenemos que reconocer en el gradual desenvolvimiento moral y religioso de todo el género humano — c) En manera alguna puede el hombre conocer algo acerca de Dios independientemente de esta susodicha revelación de Dios al hombre; y esta revelación de Dios al hombre no puede en realidad ser conocida, sin suponer cierta actividad de la razón humana al captarla».

II. Fundamentos de la revelación. — «La religión cristiana se fundamenta en una revelación específica (particular) de Dios en la historia. De esta revelación dan testimonio igualmente la Escritura y la Iglesia. Mas la Iglesia siempre ha declarado que sus doctrinas están basadas en la Escritura.»

III. La revelación continuará hasta el fin del mundo. — «El conocimiento que la Iglesia tiene del Evangelio es continuamente renovado por la experiencia en su unión con Dios por medio de Cristo; y la autoridad de las fórmulas doctrinales debe ser interpretada siempre teniendo en cuenta, en parte al menos, la común aceptación de las mismas por todo el cuerpo de fieles.»

IV. La Escritura, única regla de fe. — «Nosotros reconocemos completamente la supremacía de la Escritura como norma de doctrina (regla de fe). La Biblia ha sido y es para las Iglesias cristianas el primer criterio que siguen en su enseñanza, y manantial perenne para la vida religiosa. Las Escrituras, por consiguiente, tienen prio-

LA ORTODOXIA DEL ANGLICANISMO HISTORICO

I. De la fe en la Trinidad Sacrosanta

Hay un solo Dios vivo y verdadero, eterno, incorpóreo, indivisible, impasible, de inmenso poder, sabiduría y bondad; creador y conservador de todas las cosas así visibles como invisibles. Y en la Unidad de esta Naturaleza Divina hay Tres Personas de una misma esencia, poder y eternidad: el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo.

II. Del Verbo de Dios que se hizo verdadero Hombre

El Hijo, que es el Verbo del Padre, engendrado del Padre desde la eternidad, verdadero y eterno Dios, y consustancial al Padre, asumió la naturaleza humana en el seno de la Bienaventurada Virgen, de su sustancia: de modo que las dos naturalezas, divina y humana, entera y perfectamente fueron unidas, para no ser jamás separadas, en una Persona; de lo cual resultó un solo Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre; que verdaderamente padeció, fue crucificado, muerto y sepultado, para reconciliarnos con su Padre, y para ser Víctima no sólo por la culpa original, sino también por todos los pecados actuales de los hombres.

III. Del Descendimiento de Cristo a los Infiernos

Como Cristo murió por nosotros, y fue sepultado, así debemos también creer que descendió a los infiernos.

IV. De la Resurrección de Cristo

Cristo resucitó verdaderamente de entre los muertos, y tomó de nuevo su cuerpo, con carne, huesos y todo lo que pertenece a la integridad de la naturaleza humana; con la cual subió al cielo, y allí reside, hasta que vuelva para juzgar a todos los hombres en el día postrero.

V. Del Espíritu Santo

El Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es de una misma esencia, majestad y gloria, con el Padre y con el Hijo, verdadero y eterno Dios.

VI. De la suficiencia de las Sagradas Escrituras en lo que atañe a la salvación

La Sagrada Escritura contiene todas las cosas que son necesarias para la salvación; de modo que nada de lo que en ella no se lee, ni por ella se puede probar, debe exigírsele a hombre alguno que lo crea como artículo de fe, o que lo considere como requisito necesario para la salvación.

Bajo el nombre de Sagrada Escritura entendemos aquellos libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento, de cuya autoridad nunca hubo duda alguna en la Iglesia.

Del Nuevo Testamento recibimos y tenemos por canónicos todos los libros, según se reciben comúnmente.

ridad sobre todos los demás criterios y reglas de fe y doctrinas.»

V. *Inspiración de la Escritura.*

«La creencia según la cual la Biblia es un mensaje de Dios, inspirado en su revelación al hombre, y la aquiescencia del hombre a dicha revelación, no es para nosotros un dogma que se funde en alguna teoría sobre la composición de los libros sagrados, sino más bien una conclusión deducida del carácter de su contenido y de la penetración espiritual del mismo.»

VI. *Valor histórico de los relatos bíblicos.* — «La norma para juzgar el valor que en sí tienen las diferentes partes de la Escritura es el pensamiento de Cristo tal como se refleja en la experiencia de la Iglesia, y ha sido percibido por cada fiel cristiano por medio del Espíritu Santo. Esta es la razón para pensar que, en muchos casos, las palabras atribuidas a nuestro Señor reflejan más bien la experiencia de la primitiva Iglesia, o son expresiones de los profetas cristianos, y no las mismas palabras pronunciadas por Jesús.»

VII. *Sentido real y simbólico de la Escritura.* — «Los relatos sobre hechos particulares puede considerarse que tienen valor en cuanto que son expresión metafórica de verdades espirituales, aunque se suponga que nunca jamás han tenido realidad. En este caso, tales relatos pueden llamarse simbólicamente verdaderos en sentido diferente. De aquí que no es posible definir con precisión la extensión de tales elementos simbólicos en la tradición histórica de la fe cristiana. En este sentido, no puede excluirse la posibilidad de que el carácter simbólico afecte igualmente a la verdad de algunos artículos del Credo... La comisión está convencida que al menos se ha de admitir sin ningún género de duda la extensa tradición referente a Jesús, por quien el Evangelio y la Iglesia nacieron juntos hace siglos, y que la Iglesia puede proclamar, sin vacilación alguna, que en la figura histórica de Jesús de Nazaret «el Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros».»

VIII. *Significado de las fórmulas anglicanas.* — «Las fórmulas anglicanas representan la posición doctrinal eclesiástica e histórica del

VII. Del Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento no es contrario al Nuevo, puesto que tanto en el Antiguo como en el Nuevo, se ofrece la vida eterna al género humano por Cristo, que es el único Medianero entre Dios y los hombres, siendo Dios y Hombre. Por lo cual opinan malamente los que imaginan que los antiguos tenían puesta su esperanza sólo en promesas temporales.

Aunque la Ley dada de Dios por Moisés, en lo tocante a ceremonias y ritos, no obliga a los cristianos, ni sus preceptos civiles hayan de recibirse necesariamente en ningún Estado, con todo, no hay cristiano alguno que se halle exento de la obediencia a los mandamientos que se llaman Morales.

VIII. De los tres Símbolos

Los tres Símbolos o Credos, a saber, el «Constantinopolitano», el «Apostólico» y la definición de la fe católica contenida en el «Atanasiano», deben ser del todo recibidos y creídos; por cuanto pueden probarse con testimonios firmísimos de las Escrituras.

IX. Del Pecado Original

El pecado de origen no consiste, como pretendían los Pelagianos, en la imitación de Adam, sino que es el vicio y depravación de la naturaleza de todo hombre engendrado naturalmente de la stirpe de Adam; lo cual es causa de que diste muchísimo de la justicia original, propenda al mal de su misma naturaleza, y, por tanto, en cada uno de los nacidos merece esto la ira de Dios y la condenación.

Esta depravación de la naturaleza permanece todavía en los que son regenerados; por lo cual, la concupiscencia de la carne (llamada en griego «phronema sarkos», que unos interpretan sabiduría, otros sensualidad, otros inclinación, y otros deseo de la carne) no se sujeta a la ley de Dios; y aunque para los regenerados y creyentes no hay condenación alguna por causa de Cristo, con todo, confiesa el Apóstol que la concupiscencia tiene en sí misma naturaleza de pecado.

X. Del Libre Albedrío

La condición del hombre después de la caída de Adam es tal, que por sus fuerzas naturales y buenas obras no puede volverse ni prepararse a la fe e invocación de Dios. Por lo tanto, sin la gracia de Dios por Cristo, que nos provenga para que queramos y coopere mientras queremos, no tenemos poder alguno para hacer obras de piedad que sean agradables y aceptas a Dios.

XI. De la Justificación del hombre

Somos reputados justos delante de Dios, solamente por el mérito de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, por medio de la fe, y no por nuestras obras y merecimientos. Por lo tanto, que nosotros somos justificados por medio de la fe, solamente, es una doctrina muy saludable y muy llena de consuelo.

XII. De las Obras buenas

Las obras buenas, que son los frutos de la fe, y siguen a la justificación, aunque no pueden expiar nuestros pecados, ni soportar la

Anglicanismo en relación con las demás Iglesias del Occidente en el siglo XVI, y su actual conservación pone de relieve la posición de la Iglesia de Inglaterra en relación con otras Iglesias.»

IX. Unidad y Trinidad en Dios. «La creencia en esta verdad ha sido fruto, no de revelación alguna, sino de la experiencia cristiana. En un principio existió entre los judíos la creencia y veneración de un Dios único, que ha sido transmitida después a la Iglesia. Más tarde, tuvo lugar la experiencia de la persona de nuestro Señor, ya en su vida terrena, ya después de su resurrección de entre los muertos, experiencia que solamente podía expresarse adecuadamente con los títulos de «Señor y Salvador», y que espontáneamente se manifestó en el culto y veneración a Jesús. Dicha experiencia fue interpretada por los cristianos como experiencia de Dios pasando a ellos a través de la humanidad de Jesús. En último lugar, el influjo del Espíritu Santo como actuando sobre sus vidas, y de nuevo la experiencia individual, fueron de tal carácter, que los cristianos se vieron como impelidos a confesar que ésta era una experiencia de Dios dentro de ellos mismos y de toda la comunidad de creyentes. Mas aunque fueron completamente distintos unos de otros, aquellos tres modos de experiencia, sin embargo, fueron aceptados como la experiencia de un solo Dios y no de tres Dioses. Así la doctrina de la Trinidad surge al principio difícilmente comprendida, como un recurso para defender íntegro el valor de esta triple experiencia.»

X. Ángeles y demonios. — «La creencia en los ángeles y demonios tiene, al menos, un valor simbólico, y no es irracional sustentarla.»

XI. Pecado original. — «Estamos de completo acuerdo al afirmar que el hombre, tal como aparece en la Historia, se muestra ahora y se mostró a través de las edades como víctima de una profunda inclinación al pecado. Nosotros no estamos acordes en la interpretación de este hecho, ni en explicarlo con relación a Dios; pero si afirmamos unánimemente que ninguna de las opiniones expuestas se pueden con-

severidad del juicio divino, son, sin embargo, agradables y aceptas a Dios en Cristo; y nacen necesariamente de una fe viva y verdadera, de tal modo que claramente por ellas puede conocerse la fe viva, como puede juzgarse del árbol por el fruto.

XIII. De las Obras antes de la Justificación

Las obras hechas antes de la gracia de Cristo y de la inspiración de su Espíritu, no son agradables a Dios, por cuanto no proceden de la fe en Jesucristo, ni merecen la gracia, como llaman muchos, "de congruo"; antes bien, no siendo hechas como Dios quiso y mandó que se hicieran, no dudamos que tienen naturaleza de pecado.

XIV. De las Obras de Supererogación

Las obras llamadas de "supererogación", no pueden enseñarse sin arrogancia e impiedad, pues por ellas declaran los hombres que no sólo rinden a Dios todo aquello a que están obligados, sino que hacen por amor suyo más de lo que tienen obligación de hacer; mientras Cristo dice claramente: Cuando hubiereis hecho todas las cosas que os están mandadas, decid: Siervos inútiles somos.

XV. De que es nadie sin pecado, excepto Cristo

Cristo, en la verdad de nuestra naturaleza, fue hecho semejante a nosotros en todas las cosas, excepto en el pecado, del cual fue completamente exento, así en la carne como en el espíritu. Vino como Cordero sin mancilla, para quitar los pecados del mundo por el sacrificio de Sí mismo hecho una vez; y no hubo en él pecado, como dice el Apóstol Juan. Empero nosotros los demás hombres, aunque bautizados y regenerados en Cristo, ofendemos, sin embargo, todos en muchas cosas; y si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros.

XVI. Del Pecado después del Bautismo

No todo pecado grave voluntariamente cometido después del Bautismo, es pecado contra el Espíritu Santo e irremisible. Por tanto, para los caídos en pecado después del Bautismo no debe negarse que hay lugar al arrepentimiento. Después de haber recibido el Espíritu Santo, podemos apartarnos de la gracia que nos es dada y pecar, y de nuevo por la gracia de Dios levantarnos y enmendarnos. De consiguiente, debe condenarse a los que afirman que no pueden pecar ya mientras vivan, o niegan que hay lugar al perdón para los que de veras se arrepienten.

La predestinación a la vida es el eterno propósito de Dios, por el cual, antes de que fuesen echados los cimientos del mundo, decretó por su invariable consejo a nosotros oculto, librar de maldición y condenación a los que eligió en Cristo de entre el género humano, y conducirlos por Cristo a la salvación eterna como vasos hechos para honor. Por lo cual, los que son agraciados con un tan excelente beneficio de Dios por su Espíritu que obra en tiempo oportuno, según el propósito divino son llamados; por la gracia obedecen a la vocación; son justificados gratuitamente; son adoptados por hijos; son hechos conformes a la imagen del Unigénito Hijo Jesucristo; caminan san-

siderar como ilegítimas en las Iglesias de Inglaterra.»

XII. Encarnación del Verbo y Virginitad de María. — «Muchos entre los nuestros sostienen que la creencia en el Verbo hecho Carne está íntimamente unida con la creencia en el nacimiento de Madre Virgen, y que ambas deben ser sostenidas.

»Hay, en cambio, otros entre nosotros que creen que la fe en la Encarnación es más consistente, afirmando que el nacimiento de nuestro Señor tuvo lugar en las condiciones normales de la humana generación.»

XIII. Resurrección del Señor. — «Para hablar más certeramente, nosotros opinamos que debiera sostenerse que Jesús se mostró vivo y victorioso; que Él mismo se mostró resucitado de la muerte a los discípulos»... Y en nota apéndice se añade: «Es posible que las anteriores creencias, como ésta de la resurrección después de la muerte, hayan jugado papel importantísimo en la formación de esta creencia tradicional de la Resurrección de Jesucristo, aunque se haga mención en el Nuevo Testamento. Esta consideración combinada con otras de carácter más general inclinan a algunos de los nuestros a creer que la conexión hecha en el Nuevo Testamento entre el relato del sepulcro vacío y el de la aparición de Nuestro Señor resucitado cae más bien dentro de la esfera del simbolismo religioso que en el ámbito de los hechos históricos» (1).

XIV. Doctrina sobre la Iglesia. — «La Iglesia es la agrupación total de aquellos que participan de la vida regenerada. Concebida así la Iglesia, se puede comparar su unidad a la de una raza o pueblo, que, cuando está multiplicándose con relación a las organizaciones externas que condicionan su vida, guardan entre sí una unidad concreta y real, aun en medio de su distinción y separación.»

XV. Catolicidad. — «En la Iglesia de Inglaterra se ha entendido ampliamente la doctrina según la cual ninguna comunidad cristiana puede en particular atribuirse ex-

tamente en buenas obras; y por último, llegan por la misericordia de Dios a la sempiterna felicidad.

Así como la consideración piadosa de la predestinación y de nuestra elección en Cristo está llena de un dulce, suave e inefable consuelo para los verdaderamente piadosos y que sienten en sí la operación del Espíritu de Cristo, que va mortificando las obras de la carne y los miembros terrenos, y levantando el ánimo a las cosas celestiales, ya porque establece grandemente y confirma nuestra fe acerca de la salvación eterna que ha de ser conseguida por medio de Cristo, ya porque entiende fervientemente nuestro amor hacia Dios, así también, para las personas curiosas, carnales y destituidas del Espíritu de Cristo, el tener continuamente delante de los ojos la sentencia de predestinación divina, es un precipicio muy peligrosos, por el cual las arrastra el diablo, o a la desesperación, o al abandono igualmente pernicioso de una vida impurísima.

Debemos, pues, recibir las promesas de Dios, del modo que nos son generalmente propuestas en las Sagradas Letras; y en nuestras acciones seguir aquella voluntad divina, que tenemos expresamente revelada en la Palabra de Dios.

XVIII. De que la Salvación eterna sólo puede esperarse en el Nombre de Cristo

Deben ser anatematizados los que osan decir, que cada uno se salvará en la ley o secta que profesa, con tal que viva cuidadosamente conforme a ella y a la luz de la naturaleza; puesto que las Sagradas Letras sólo predicán el Nombre de Jesucristo, en el cual pueden ser salvos los hombres.

XIX. De la Iglesia

La Iglesia visible de Cristo es la Sociedad de los fieles, en la cual se predica la Palabra de Dios pura y se administran los Sacramentos rectamente en cuanto a las cosas que de necesidad se requieren, según la institución de Cristo.

Así como erró la Iglesia de Jerusalén, de Alejandría y de Antioquía, así ha errado igualmente la Iglesia de Roma, no sólo en cuanto a la moral y a los ritos ceremoniales, sino también en materias de fe.

XX. De la Autoridad de la Iglesia

La Iglesia tiene derecho para establecer ritos, y autoridad en las controversias de fe; aunque no le es lícito instituir cosa alguna que se oponga a la Palabra de Dios escrita, ni puede exponer un pasaje de la Escritura de modo que contradiga a otro. Por lo cual, aunque la Iglesia es testigo y custodio de los Libros, divinos, sin embargo, como no debe decretar nada que se oponga a ellos, así tampoco debe imponer, fuera de ellos, cosa alguna que haya de creerse como necesaria para la salvación.

XXI. De los Concilios generales

Los Concilios generales, por cuanto se componen de hombres, de los cuales no todos se rigen por el Espíritu y la Palabra de Dios, no sólo pueden errar, sino que han errado algunas veces. Aun en

(1) Esto no obsta para afirmar rotundamente poco antes "que para los cristianos es como el hecho culminante y central de la historia de la humanidad la resurrección de Jesucristo".

clusivamente este título de católica, sino que más bien este término se aplica con más propiedad a todas las Iglesias que conservan la fe de los símbolos y de los Concilios ecuménicos, la práctica de los sacramentos y el episcopado en la sucesión histórica de los apóstoles.»

XVI. El Papado. — «Nosotros estamos de completo acuerdo al afirmar que la Iglesia de Inglaterra obró rectamente al tomar la resolución que tomó en el siglo XVI, y aún está obligada a resistir las reclamaciones del Papado contemporáneo.»

XVII. Sacrificio de la Misa. — «Estamos contestes en afirmar que rectamente se puede expresar la Eucaristía como sacrificio, que nosotros hemos definido como un acto en el cual el hombre adora a Dios y le rinde el homenaje que la criatura debe al Creador. Mas si la Eucaristía se toma como sacrificio, esto más bien se debe entender como un sacrificio en el cual nosotros no ofrecemos a Cristo, sino que Cristo, en él, nos une a nosotros consigo mismo en la ofrenda de su vida, obediente hasta la muerte y muerte de cruz.»

XVIII. Sacerdocio y ofrenda del sacrificio. — «Algunos de los nuestros no están dispuestos a dar su adhesión a la creencia tradicional tan concreta en esta materia, según la cual la Eucaristía no puede, en circunstancia alguna, ser celebrada por una persona laica, actuando con la debida intención y usando la materia y forma convenientes» (2).

XIX. Presencia real. — «Es en verdad grato poder afirmar que ningún cristiano duda, que de alguna manera Cristo está presente en la Sagrada Comunión. Algunos de los nuestros están contestes en afirmar que toda señal de presencia eucarística o reverencia a las partículas del Sagrado Cuerpo debieran limitarse exclusivamente a los momentos de la Sagrada Comunión; y otras veces también, cuando el sacramento reservado

aquellas cosas que conciernen a la norma de la piedad. Por lo cual, lo que ellos ordenan como necesario para la salvación, ni tiene valor ni autoridad, si no puede probarse que está tomado de las Sagradas Letras.

XXII. Del Purgatorio

La doctrina de la Iglesia de Roma, concerniente al purgatorio, indulgencias, veneración y adoración, así de imágenes como de reliquias, e invocación de los Santos, es una cosa fútil, vanamente inventada, y que no se funda en ningún testimonio de las Escrituras, antes bien, contradice a la Palabra de Dios.

XXV. De los Sacramentos

Los Sacramentos instituidos por Cristo no son sólo señales de la profesión de los cristianos, sino más bien unos testimonios ciertos y signos eficaces de la gracia y buena voluntad de Dios hacia nosotros, por los cuales obra él en nosotros de un modo invisible, y no sólo aviva, sino que también confirma nuestra fe en él.

Dos son los Sacramentos instituidos por Cristo Señor nuestro en el Evangelio, a saber: el Bautismo y la Cena del Señor.

Los otros cinco llamados vulgarmente Sacramentos, es decir, la Confirmación, Penitencia, Extremaunción, Orden y Matrimonio, no deben considerarse como Sacramentos del Evangelio, pues que en parte emanaron de una viciosa imitación de los Apóstoles, y en parte son estados de vida aprobados ciertamente en las Escrituras, pero sin tener la misma naturaleza de Sacramentos que el Bautismo y la Cena del Señor, puesto que carecen de signo alguno visible o ceremonia instituida por Dios.

Los Sacramentos no han sido instituidos por Cristo con el objeto de ser contemplados o llevados de un lugar para otro, sino para que usemos de ellos debidamente. Y sólo en aquellos que dignamente los reciben, producen el efecto saludable; mas los que los reciben indignamente, adquieren para sí mismos, como dice San Pablo, condenación

XXVII. Del Bautismo

El Bautismo es no sólo un signo de profesión y nota de distinción con que los cristianos se diferencian de los no cristianos, sino que es también signo de la regeneración; por lo cual, como por un instrumento, los que reciben el Bautismo rectamente, son ingeridos en la Iglesia, las promesas de remisión de pecados y de nuestra adopción en hijos de Dios por el Espíritu Santo, son visiblemente signadas y selladas, la fe es confirmada, y la gracia, por virtud de la invocación divina, aumentada.

El Bautismo de los párvulos como muy conforme con la institución de Cristo, debe absolutamente retenerse en la Iglesia.

XXVIII. De la Cena del Señor

La Cena del Señor no es sólo un signo del amor mutuo entre los cristianos, sino más bien un Sacramento de nuestra redención por la muerte de Cristo.

La "transustanciación" del pan y del vino en la Eucaristía, no puede probarse por las Sagradas Letras, antes bien, repugna a las

(2) Los miembros de la Comisión estaban en desacuerdo sobre si el poder de ofrecer el sacrificio está incluido o no en la ordenación sacerdotal, y si ésta era necesaria para la celebración eucarística. Por esto se limitan a decir lo que hemos consignado en el número XV111.

se lleva para administrar. Otros sostienen que, puesto que las sagradas especies se conservan para la Sagrada Comunión, permanecen siempre en su propia naturaleza dentro del contexto del rito eucarístico, y entonces y en todo tiempo tienen la virtud de avivar la adoración de nuestro Señor, quien, a través de dichas especies, ofrécese a sí mismo para servir de alimento sacrificial del creyente.»

XX. Doctrina escatológica. — «Debe haber un lugar en la Iglesia de Dios para aquellos que creen que algunos se perderán en esta vida, ya también para los que sostienen que el amor de Dios alcanzará al final el arrepentimiento y el correspondiente acto de amor para cada alma que ha creado.

»Mientras tanto, la mayoría de nosotros sostiene con toda probabilidad la fuerza del razonamiento que existe a favor de ambas opiniones, y se conforma con dejar su resolución en suspenso» (3).

(3) En estos 20 puntos están condensadas las doctrinas expuestas en el célebre Report de 1938. En cumplimiento de un acuerdo tomado en la famosa Conferencia de Lambeth en 1920, los Arzobispos de Canterbury y York encargaron dos años más tarde a una comisión de teólogos representantes de las diversas tendencias a hacer un estudio detenido de las doctrinas profesadas actualmente por el anglicanismo, poniendo de relieve aquellas en que todos más o menos coinciden, y silenciando aquellas otras que son motivo de enconadas discusiones y desavenencias. Esto es el Report. (Tomado de *Ecumenismo*, Dr. César Ruiz Izquierdo, Bibl. Id... Burgos, 1948.)

palabras terminantes de la Escritura, trastorna la naturaleza de Sacramento, y ha dado ocasión a muchas supersticiones.

El Cuerpo de Cristo, se da, se toma y se come en la Cena de un modo celestial y espiritual solamente; y el medio por el cual el Cuerpo de Cristo se recibe y se come en la Cena, es la fe.

El Sacramento de la Eucaristía no se reservaba ni se llevaba de un lugar para otro, ni se elevaba, ni se adoraba, en virtud de institución alguna de Cristo.

XXXI. De la única Oblación de Cristo consumada en la Cruz

La Oblación de Cristo, hecha una vez, es la perfecta redención, propiciación y satisfacción por todos los pecados, así original como actuales, del mundo entero; y ninguna otra expiación hay por los pecados, sino ésta solamente.

Por tanto, los sacrificios de las "Misas", en los cuales se dice que el sacerdote ofrece a Cristo por los vivos y por los difuntos para remisión de la pena o culpa, son ficciones vanas y perniciosas importuras.

XXXIV. De las Tradiciones eclesiásticas

Las tradiciones y ceremonias, no es indispensable que sean en todo, lugar las mismas o totalmente parecidas, pues no sólo fueron siempre diversas, sino que pueden mudarse conforme a la diversidad de países, tiempos y costumbres, con tal que nada se establezca en oposición a la Palabra de Dios.

Los que por su opinión particular, a sabiendas y de propósito, quebrantan abiertamente las tradiciones y ceremonias de la Iglesia que no son contrarias a la Palabra de Dios, se hacen dignos de reprensión, por cuanto perturban el orden común de la Iglesia y ofenden las conciencias de los hermanos débiles.

Toda Iglesia particular o nacional tiene potestad para instituir, cambiar o abrogar las ceremonias o ritos eclesiásticos, instituidos únicamente por autoridad humana, con tal que todo se haga para edificación.

Lea Vd.

LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA

Por el P. Enrique Ramière, S. I.

Obra imprescindible para entender el pensamiento del Apostolado de la Oración.

En rústica 100 ptas.

De venta en nuestra Administración.

SINE EPISCOPO NIHIL AGATIS

SIN EL OBISPO NO HAGAIS NADA

(S. Ignacio de Antioquia)

Como muestra de adhesión y saludo a S. E. R. el Sr. Arzobispo Coadjutor de Barcelona.

Pasó hace años. Es tiempo ya de recoger su correspondiente enseñanza. Prediqué algunos días en dos centros obreros potentes. El uno era un pueblo que se había septuplicado en sólo diez años. Dos factorías bastaron para cambiar su aspecto rápidamente. El otro pesaba desde hacía tiempo en la industria de aquella provincia. Contaba con unos 3.500 obreros metalúrgicos. En ambos la vida cristiana se vivía intensamente. Entre los factores, que contribuían a fomentarla, el principal, a mi juicio, eran los párrocos. Muy distintos uno del otro, su táctica era la misma. Vivían para sus obreros, sin desentenderse, ni enemistarse por eso con sus patronos, que en ambas localidades eran excelentes. La cosa no era fácil.

En el primero de esos puntos tuve la Semana Santa. Hablaba una vez en cada fábrica y después por la noche a todos los hombres en la iglesia. Con la capacidad de confianza española y el trato intenso con los obreros, al tercer día, ya estaba yo un poco envenenado. Aunque los directivos, como queda reconocido eran buenos, eran hombres... Y el hombre con el ejercicio del mando suele hacerse duro y tirano. Tantas cosas me contaron, que cuando el jueves Santo tuve que predicar el sermón del Mandato, prediqué de la caridad con poca caridad, porque sin nombrarlos fui duro con los dirigentes, que eran buenos! Y eso que en teoría siempre he tenido muy presente la norma de S. Ignacio, tan humilde y cristiana: "Pues es de nuestro Instituto, sin ofensión de nadie, en cuanto se puede, servir a todos en el Señor nuestro" (1).

La otra parroquia, la conocía mejor. Estuve más veces y conviví más íntimamente con el Párroco, que era y es un Párroco con mayúscula. De esos que saben a donde van; y que no se les pega el dinero en las manos; que siendo considerado para todos saben llamar al pan, pan, y al vino, vino; sin pelos en la lengua de ninguna clase; sin más preocupación que fomentar la vida divina en el alma de sus feligreses, etc., etc.

Le pregunté: — ¿Qué ocurrió aquí, en tiempo rojo? — Todo lo que Vd. pueda imaginarse. Con decirle que un hermano mató a otro hermano por ideas políticas! — Y ahora, ¿cómo está esto? — Le daré un solo dato: los hijos de los comunistas son de comunión semanal.

Como es natural no le faltaban preocupaciones a mi párroco. Había en su parroquia una asociación, que llevaba su coadjutor, más o menos avanzada. Fuimos a ver sus locales, y leímos en uno de sus carteles: *No obliga la*

obediencia contra la caridad. Nos miramos y nos reímos, porque puestos a sacar consecuencias de tan verdadero principio, ¡cuántas cosas se pueden decir equivocadamente! Destrozando claro está a la lógica, pero quién se fija en la lógica, cuando se trata de ejercitar la demagogía...! ¿Es que nuestros superiores eclesiásticos (en local eclesiástico estaba el aviso, pero vale lo mismo de las autoridades civiles hoy en España), es que nuestros superiores dan órdenes contra la caridad, y las dan frecuentemente para que sea necesario prevenirnos de manera tan llamativa?

Quedamos en que próximamente hablaría yo en el salón de la Acción Católica a todas las fuerzas de apostolado de aquella comunidad, que eran muchas.

Cogí por tema las palabras de San Ignacio de Antioquia: *Nada sin el obispo.* Y añadí, siguiendo su línea: *Nada sin el párraco.* Y les animé a trabajar en el apostolado católico, ya que según San Pablo: *qui enim diligit proximum legem implevit*, el que ama al prójimo ha cumplido la ley plenamente (Rom. 13, 8). Hice tres observaciones: Primera, explicar cómo la ley reducida por Jesucristo al amor de Dios y del prójimo, la reducía San Pablo al amor del prójimo. Segunda, recalcar la diferencia entre el apostolado católico y la agitación comunista. Éstos no se preocupan del bien del individuo. Van a sus fines, y si quedan en la cuneta, o son ametrallados, o se troncha el porvenir de millares de personas, les tiene sin cuidado. A los miles engañados y caídos sucederán otros miles, que serán igualmente engañados. El apostolado católico en cambio tiene que mirar por el individuo, pues la caridad ordenada empieza por uno mismo. De ahí que los estudiantes y los casados no puedan descuidar sus estudios, ni sus familias, por el apostolado. Tercera, el apostolado católico es jerárquico, pues en la Iglesia la autoridad no está en el pueblo, sino en el Papa y los obispos y en el párroco; así que cuantos quieran obrar conforme a la voluntad de Dios han de obrar conforme a la voluntad del obispo y del párroco. Todo apostolado, que no se sujete a esta norma, no es apostolado católico, sino cismático.

Terminada mi intervención, se levantó un militante, y encarándose con el párroco le dijo en tono violento: — Pero vamos a ver ¿cuándo nos trae usted por fin oradores, que aborden temas laborales? — ¿Por qué — dijo el párroco — no hablaste conmigo cuando fuiste a Madrid para que tú mismo invitaras al que escogieramos? — Eso ya pasó. ¿Por qué no invita usted a Fulano? — A ése

(1) Constituciones S.I., VI, 3, 8.

no le invito, respondió con energía el párroco. —Pues invite a Mengano. —A ése tampoco.

Se adivina la violentísima escena. Un feligrés acomete inconsideradamente a su párroco en un salón repleto de miembros de las cuatro ramas de A. C. con sus movimientos especializados. Al salir me dice el párroco: —Me quieren alborotar la parroquia. Hay directivos católicos a los que temo más que a los comunistas: —Lo mismo —le respondí— dice el párroco X, donde acabo de predicar esta Semana Santa.

A requerimiento suyo, le recomendé para hablar de temas laborales al P. Joaquín García Granda, que a los 15 años, en tiempo de Primo de Rivera, había fundado un sindicato católico en su pueblo de Asturias. Su único sentimiento, en aquel tiempo, era que por tener su padre un pequeño comercio, no podía presentarse él, como auténtico proletario. Por su amor al obrero, por su dedicación a la cuestión social durante toda su vida, por su colaboración con los PP. Nevares y Azpiazu, por sus muchos triunfos con obreros de distintas regiones de España, por su oratoria impetuosa y directa, y por su competencia en la materia, suponía yo que satisfaría a sus exigentes militantes.

Lo consiguió sólo en parte, pues entiende que la justicia y el amor, no el odio, han de resolver los problemas sociales. Les mostré ese camino, a la luz de las encíclicas pontificias. No fue, ciertamente el lenguaje violento a que estaban acostumbrados y que reprobó la *Pacem in terris*, en texto totalmente silenciado por muchos entusiastas de Juan XXIII:

“Queremos que estos hombres tengan presente que el crecimiento paulatino de todas las cosas es una ley impuesta por la naturaleza y que, por tanto, en el campo de las instituciones humanas no puede lograrse mejora alguna si no es partiendo paso a paso desde la parte inferior de ellas. Es éste precisamente el aviso de nuestro predecesor de feliz memoria, Pío XII: *No en la revolución, sino en la evolución están la salvación y la justicia. La violencia jamás ha hecho otra cosa que destruir, no edificar; encender las pasiones, no calmarlas; acumular odio y escombros, no hacer fraternizar a los contendientes, y ha precipitado a los hombres y a los partidos a la dura necesidad de reconstruir lentamente, después*

(2) N. 162. Rodrigo Fernández Carvajal, “¿Revolución o Evolución?”: Comentarios a la *Pacem in terris* (BAC, 230, Madrid, 1963), 624-650, coordina esta enseñanza de Juan XXIII con la doctrina común y cierta del “Derecho a la resistencia” en determinadas circunstancias. Lástima que páginas tan atinadas, y documentadas en doctrina pontificia, estén tan escasas de bibliografía española, que razonó moralmente el empleo de la fuerza antes de emplearla.

Por lo menos “El Derecho al Alzamiento” de Castro Albarrán, que al publicarse en España en 1934 provocó una verdadera tempestad, y que va por la cuarta edición, debería ser citado antes que otras obras extranjeras. ¡Sobre todo hoy, que se ha puesto en duda por todo un doctor en teología, la justificación moral de la batalla de Lepanto! ¡Oh fuerza del tópico! Habría que añadir actualmente la “Constitución sobre la Iglesia en el Mundo actual” y su moderadísima declaración sobre el derecho a la huelga (n. 68), que al limitarle “a la presente situación”, *in hodiernis adiunctis*, queda aún más condicionado a las distintas circunstancias de los distintos países. No podía ser menos ya que una misma cosa se puede hacer bien y muy bien de muchas maneras diferentes.

(3) Afrodísio Aguado, S. A., editó el pasado verano, traducido del francés “L’Affaire Pax”, donde prueba con documentos que no dejan duda alguna cómo personalidades de la Jerarquía católica francesa y prensa que se dice católica se dejaron sorprender por los comunistas.

de pruebas dolorosas, sobre los destrozos de la discordia” (2).

Cuando concluyó el P. Granda, admitió diálogo. —¿Hemos de ir delante o detrás de los Papas? — fue la pregunta, que le dispararon en el acto.

No se puede negar que está muy bien hecha. Indica claramente que estos militantes laicos están muy bien dirigidos por sus mentores, que a su vez están mejor dirigidos todavía, aunque las fuentes últimas de tanta sabiduría queden ocultas. Basta un poco de memoria y la confrontación serena de consignas parecidas para descubrir el manantial común de donde brotan. ¿No se habla hoy machaconamente de la renovación de la Iglesia “de abajo a arriba”, como se habló ayer con la misma insistencia “de comprensión y tolerancia”? El paralelismo no puede ser más sugestivo. Si a esto se añade que las mismas corrientes circulan al mismo tiempo en distintos lugares de la tierra, forzoso es deducir la existencia de una causa universal, que produce los mismos efectos particulares en distintos países del planeta. Bien vendría a militantes y mentores, personas de buena voluntad en su inmensa mayoría, reflexionar un poco sobre esto (3).

El P. Granda, hombre muy fogueado, respondió con viveza: —Me parece que con ir al paso de los Papas tendríamos bastante.

Tampoco está mal la respuesta, pero quizás pueda mejorarse: —Vaya usted delante o detrás de los Papas —le diría yo—, pero *nunca en contra*, mientras se mantengan dentro de su competencia y no se vea pecado manifiestamente, como vio San Pablo cuando resistía a San Pedro.

Es indudable que muchos movimientos de renovación de la Iglesia han surgido de abajo. El Vaticano II ha confirmado y alentado los santos deseos, que el Espíritu Santo inspira al Laicado, al que para bien de la Iglesia ha proclamado mayor de edad. San Pablo, aun en materias estrictamente religiosas, ya lo había recomendado; “No extingáis el Espíritu, No despreciéis las profecías; pero examinadlo todo y quedaos con lo bueno” (1 Tes. 5, 19 s.). Y San Juan: “Carísimos, no creáis a todo espíritu, sino examinad si los espíritus son de Dios” (1 Jn. 4, 1).

Para la promoción de la vida religiosa, que es absolutamente necesario llevar al compás de la gran promoción cultural, que estamos presenciando; para superar los inmensos peligros espirituales, que amenazan a las almas en el mundo moderno; para que en medio de las continuas y fuertes atracciones sensibles levantemos el corazón a suspirar por los bienes invisibles; para vivir como hijos de Dios, teniendo nuestros deseos donde están los verdaderos goces; para que el apostolado católico sea a la vez individual y masivo; para que llegue “a todas las gentes”, “hasta el fin de la tierra” (Mt. 28, 18; Act. 2, 8), todos somos pocos, todos somos Iglesia, todos somos Cristo, y todos con su ayuda y bajo el influjo de su Espíritu hemos de continuar su obra redentora en la tierra.

J. G. QUEVEDO, S. I.

(Continuará)

SINCERIDAD

Siempre son acogidos con agrado en las páginas de esta Revista los venerados recuerdos de su insigne fundador, R. P. Ramón Orlandis, S. I., que fue también quien la inspiró con admirable acierto y constancia, hasta que Nuestro Señor se llevó consigo su santa alma, para darle la corona de justicia, la corona que por su fiel correspondencia a la gracia divina se había merecido en el decurso de su larga y fecunda vida, entregada por completo con entrega inteligente y fervorosa a la dilatación y defensa del Reino de Cristo, por la devoción a su Sagrado Corazón y al de su Santísima Madre, la Virgen María.

Confiada y gustosamente traigo hoy a las páginas de **CRISTIANDAD** uno de los recuerdos que, como reliquia del espíritu del inolvidable Padre, conservo en mi alma, profundamente agradecida al bien que me hizo, sobre todo con sus íntimas conversaciones.

En una de ellas, por los años 54 al 57, y en aquella su habitación de Lauria, 15, donde tan incansablemente trabajó por la gloria de Dios y el bien de las almas, me hablaba él de una cosa que llevaba muy grabada en su corazón: de la sinceridad. Se le iluminaron los ojos al pronunciar esta palabra; tomó su voz un acento de íntima convicción, con un dejo también de tristeza y pesar por la innegable falta de sinceridad que hoy reina en la sociedad humana; y después de descubrirme con encantadora confianza los sentimientos de su alma sobre la sinceridad, me dijo unas memorables y profundas palabras, que cuanto antes me consigné por escrito, para no olvidar nunca ni una de ellas.

Me dijo así: "La sinceridad es donde pone Dios su gracia. Es decir: cuando Nuestro Señor quiere poner su gracia en un alma, si encuentra *sinceridad* en ella, tiene *donde poner* su gracia, pues ve garantía de correspondencia a ella; y así la pone gustoso, al estar seguro de ser correspondido. Pero *si no* encuentra *sinceridad* en un alma, *no tiene donde poner* su gracia, ya que no ve garantía de correspondencia; y por eso no la pone. Es que (terminó el Padre Orlandis) Dios no pone el tesoro divino de su gracia en balde; no la pone como en el vacío; no la pone en el alma que, al ser insincera, no dará ningún fruto; en cambio la pone en el alma que le da garantía de que su gracia no quedará del todo infructuosa, sino que en una manera u otra será correspondida; y muchas veces con fiel y generosa correspondencia. Esta garantía que Dios quiere y pide es la sinceridad".

Poco después de haber oído estas palabras en aquella gratísima conversación, al rezar un día en el Oficio Divino el Salmo 50, el gran Salmo de la penitencia, el del santo penitente David, y el preferido por otros muchos santos penitentes, como San Agustín, me detuve, como sorprendido, ante el versículo séptimo: "Ecce, sinceritate cordis delectaris; et in praecordiis sapientiam me doces": He aquí, Señor, que te agradas en la sinceridad del corazón; y, por lo mismo, me enseñas la sabiduría en lo ínti-

mo de mi alma. Leí y releí este versículo; y me pareció que lo entendía mejor que antes, a la luz de la profunda sentencia del P. Orlandis.

Sí; ama Dios la sinceridad del corazón; es decir, la verdadera sinceridad, la que no es de meras palabras o de fugaces sentimientos, y menos la que es de alardes que están en oposición con la realidad del alma; sino la que es profunda, íntima, interna, verdadera en realidad de verdad. En ésta, tan sólo en ésta, que es la única que merece el nombre de sinceridad, se agrada Dios, tiene sus complacencias en ella; y así, al hallar al alma bien dispuesta por la genuina y auténtica sinceridad, y por lo tanto con la garantía segura de que los dones de su gracia serán bien recibidos y bien aprovechados con fiel correspondencia, le enseña en lo íntimo de ese corazón sincero su divina sabiduría; la que es participación soberanamente excelsa de la Sabiduría increada; la que consiste en el verdadero conocimiento de Dios y de su santa voluntad; la que, con esta luz, se concreta en saber regir la propia vida y ordenarla bien, con plena rectitud, hacia Dios.

También no mucho después, al meditar un día en el Santo Evangelio, el capítulo once de San Lucas, me pareció que aquella sentencia del P. Orlandis me servía como de clave para entender mejor la escena que de mano maestra describe "el escritor de la mansedumbre de Cristo", como con tanta razón ha sido llamado el tercer Evangelista.

Era hacia la mitad, o un poco más, del tercer año de la vida pública de Jesús, pocos meses antes de su Sagrada Pasión; y algunos días después de habernos dado su maravillosa instrucción sobre la oración, y habernos dejado el tesoro de su Corazón, que es el "Padre nuestro". Estaba Jesús lanzando un demonio del cuerpo de un infeliz poseso, que, por obra del maligno espíritu, era ciego y mudo. Y al ver la multitud del pueblo, allí congregada, este triple milagro del Divino Salvador, pues aquel pobre hombre había quedado libre del demonio, había recobrado la vista, y hablaba bien, quedaron todos asombrados; y decían: ¿es éste tal vez el Hijo de David, el Mesías? Mas no faltaron allí algunos, por cierto de la secta de los fariseos, que dijeron: "por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa éste los demonios; y otros, para tentar a Jesús, le pedían que les hiciese ver algún prodigio en el cielo".

Rechazó el Divino Salvador la calumniosa blasfemia de los fariseos, dando una admirable contestación, ya directamente, ya por medio de la profunda e ingeniosa parábola "del fuerte y del más fuerte". Siguió a esta parte del discurso de Jesús, ante una gran muchedumbre de gente, la entusiasta alabanza con que una mujer del pueblo ensalzó allí, en público, a la Madre de Jesús.

Continuó el discurso con la predicción del signo de Jonás, que fue una predicción de la futura resurrección de

Jesús, y con la revelación valiente de la causa principal de la incredulidad de los judíos, en especial de sus dirigentes.

Así que acabó de hablar, le convidó un fariseo a comer en su casa. Aceptó benigneamente Jesús; y rodeado de fariseos y de doctores de la ley, aprovechando la extrañeza y tácita acusación del fariseo que le había invitado, porque él, Jesús, no se había lavado antes de sentarse a la mesa, tuvo un admirable discurso en el que por primera vez, de una manera abierta, patente y decidida, desmascaró a los fariseos y a los doctores de la ley, haciendo ver lo que en realidad eran. A los fariseos les echó en cara el Señor, y por cierto en tonos muy vivos, su hipocresía, empezando así: "Ahora, a vosotros, fariseos"; como quien dice: ¡Basta!, hora es ya de decir quiénes sois vosotros; y después de la hipocresía, y como efecto de ella, les recriminó su malicia, su necedad, su vanidad y su orgullo. Y a los doctores de la ley les descubrió su dureza para con el pueblo y su falta de honradez y de sinceridad.

Comentando este pasaje el P. Mauricio Meschler, S. I., en sus incomparables "Meditaciones sobre la Vida de Nuestro Señor Jesucristo", vol. II, pág. 286, dice: "Nada repugna tanto a Jesús como el espíritu farisáico, espíritu radicalmente opuesto al suyo". O sea: nada repugna tanto a Jesús como el espíritu de hipocresía, de fingimiento, de doblez, de simulación, de insinceridad; el cual es radical y diametralmente opuesto al de Él, que es espíritu de sinceridad y verdad, de sencillez y humildad, de rectísima y firmísima fidelidad a su vocación de Mesías-Redentor; y por la Cruz.

¿No es verdad que estas palabras corroboran en un

todo la sentencia del P. Orlandis sobre la sinceridad y su contrario, la insinceridad? Ciertamente que con esa sentencia se nos muestra más claro el pasaje evangélico antes citado; y aun el Evangelio todo, que es la continuada lucha entre la sinceridad de Jesús y la hipocresía de sus adversarios.

En nuestros días se habla, sí, y mucho, de sinceridad; pero... así como en su lejano tiempo decía el profeta Jeremías de lo que andaba en boca de todos, pero no en el corazón ni en la realidad: "Todos, todos están llenos de fraudes, y pretenden curar el mal de mi pueblo como si no fuese nada, y dicen: paz, paz; y no hay paz" (6, 14); así ahora se repite hasta la saciedad: sinceridad, sinceridad; mas no la hay en muchos de los que así la proclaman. Es que los tales tienen miedo y se arredran ante las consecuencias de la sinceridad, que son, digámoslo claro, la humildad y la obediencia. En efecto: el que es sincero de verdad, no se disimula la realidad de lo que es: de su limitación, de sus equivocaciones, de sus desaciertos, de sus faltas, caídas y culpas; y al reconocerse tal como es, al ver en su conciencia, sin engañarse, la realidad de su vida, al ser sinceramente humilde, porque la humildad es la verdad, como tan acertadamente la definía Santa Teresa de Jesús, se dispone y se entrega a la sincera obediencia; porque la humildad, dice Santo Tomás, consiste en la voluntaria sujeción a la autoridad de Dios o de sus representantes; y tal es la obediencia cristiana; humildad y obediencia, fruto de la sinceridad; y de ahí todas las virtudes, toda la vida recta y ordenada hacia Dios.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

PRESENCIA EUCARISTICA

La reciente Constitución conciliar ha venido felizmente a consagrar, enderezar, promover la vida litúrgica de la Iglesia. No cabe duda que su aplicación leal, mesurada, progresiva, abrirá a la comunidad cristiana las rutas de un gran progreso.

Sin embargo, es preciso vigilar.

Efectivamente, al amparo de un nuevo texto, falsas ideas pueden buscar y hallar salida, cometerse imprudencias cuya repercusión puede llegar hasta alterar la fe.

Por lo tanto, una vigorosa afirmación se hace necesaria sobre el punto de la Presencia real. Es hora de interrogarse, séase sacerdote o laico, para prevenir un deslizamiento, consolidar su pensamiento, tal vez reparar ya alguna fina grieta nacida de insinuaciones más o menos inconsideradas.

Existe una doctrina en la Iglesia respecto a la Presencia real. Esta idea se ha definido de la manera más formal.

No puede uno apartarse de ella sin apartarse de la fe.

* * *

Fue el Concilio de Trento el que formuló de la manera siguiente lo que debemos creer: "El Concilio afirma abiertamente y sin rodeo que, en el venerable sacramento de la Santa Eucaristía, después de la Consagración del pan y del vino, Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre,

está presente verdadera, real y substancialmente bajo las apariencias de esas realidades sensibles".

A pesar de su apariencia filosófica, esta afirmación de fe toma fuerza en el rigor y acumulación de términos. Cada uno de ellos cierra una salida. Evita un error, una manera de afirmar o disminuir el contenido de la fe, en uno u otro de los múltiples substitutos inventados por la Reforma para evadir la certeza neta y clara de la presencia del Señor. Tales precisiones son indispensables a los teólogos, pues nada debe dejarse al equivoco.

Pero, para nosotros cristianos, la idea y la realidad son sencillas y claras, y es lo que la Iglesia quiere a todo precio salvar: Cristo está aquí presente. La pequeña llama encendida que exige la liturgia indica perfectamente lo que quiere decir: Aquí, vive Alguien.

¿Cómo? La teología no hace alarde de saberlo expresar. Antes previene groseras interpretaciones. Solamente pide que se crea al Señor en su palabra, y que no se vacíe de una presencia real, ya el sacrificio que Cristo ha ofrecido de su Cuerpo y de su Sangre, ya esta comunión por la que viene a nosotros y "permanece en nosotros". En efecto, allí donde la Presencia real ha cesado de ser objeto firme de fe, o bien, donde ha desaparecido, se ha desvanecido la fe en el Sacrificio de la Misa y de la Comunión: Todo lo cual es lógico.

Pascal ya dijo: “*¡Cuánto odio esa necesidad de no creer en la Eucaristía! Si es verdad el Evangelio, si Jesucristo es Dios, ¿qué dificultad hay en ello?*” (Pensamientos, 224).

* * *

Y así es como lo ha vivido la Iglesia.

Muy cercano a nosotros, vivo aún en las familias hijas de su ideal y de su oración, está el *Padre de Foucauld*. Solo, en pleno desierto con esta Presencia, es no obstante el menos solo de los hombres. Dichoso, irradiando alegría: la luz de su rostro nos conmueve. Dichoso de esta Presencia que por una gracia excepcional se le hace casi sensible en su ardiente fe. Su oración, cuyo eco ha legado tan ampliamente a nosotros a través de sus notas, está, hasta lo más profundo, penetrada por esta certidumbre, vibrando con este contacto.

Ejemplo próximo, providencialmente cercano y maravillosamente fecundo.

Pero no único. *Los testigos de tal gracia jalonan la historia de la Iglesia. Esta lentamente ha descubierto su propio Tesoro. Y la indecible dicha de poseer, sacramentalmente, bien cerca de sí, al Señor que el Sacrificio pone en nuestras manos, ha engendrado el don de vidas enteras, el nacimiento de innumerables familias donde la contemplación halla a través de la Eucaristía, un amplio camino, abierto, y un impulso infinito, que se desarrolla frecuentemente en obras apostólicas.*

Estas son empero, las vocaciones particulares. Hay el gran camino común. El fervor tranquilo y cotidiano de los sencillos, aquellos que tanto ama Cristo, aquellos para los que su Palabra, toda es simplemente verdad. Existen esos hombres, esas mujeres, para los que entrar en una iglesia es hallar sacramentalmente a su Señor. *¿Quién dirá lo que la Presencia eucarística ha despertado así en fe, sostenido en amor, mantenido en fidelidad?* No se piensa sin un estremecimiento de corazón y profunda inquietud en el bajón enorme del potencial de oración, que se opera en nuestro tiempo por el hecho de una devoción decadente a la Eucaristía. La piedad cristiana desertará y comienza a desertar ya de la Iglesia bruscamente transformada en una especie de templo muerto donde con pena se busca, a veces sin saber donde hallarlo, el signo providencial de la Presencia del Señor y Salvador.

Hay una continuidad entre la Voluntad divina que ha hecho a Dios sensible a los ojos, oídos y manos de los seres de carne que somos (1 Jn. 1), y esta Presencia sacramental de la cual necesita nuestra oración para reanimar su impulso, para mantener su llama.

¿Qué sería la oración de un Cura de Ars sin esta Presencia?
¿Qué será, pues, la oración de nuestros fieles en una igle-

sia que impunemente pudiera cerrarse fuera de las horas de culto? ¡No es esto lo que ha querido el Concilio! Y *no es momento de retirar a las almas los medios de oración que les ha dado Dios.* ¿Quién puede negar el hecho de este ardor que viene espontáneamente a elevar el nivel de la oración, en esta celebración tan desalentadoramente helada a pesar de la Palabra de Dios, cuando la Eucaristía viene a ofrecernos, con la Presencia sacramental, al mismo Señor de la Palabra? ¿Qué aberración privar de ello a nuestros fieles!

Verdaderamente, esta Presencia es un gran misterio para nosotros.

Menos, con todo, que la Encarnación que es el verdadero misterio.

Ciertamente la teología debe continuar reflexionando sobre este punto. Y en verdad uno se regocija del esfuerzo que hoy mismo se despliega. No se debe, con todo, rehusar el ensayo de fórmulas que darán más perfectamente cuenta de la fe; ¿por qué no? Basta que la fe se salve en su fuente y en su continuidad y que el magisterio no indique su desaprobación.

Bueno es, también, recordar a *Tomás de Aquino*. La Iglesia jamás ha conocido indudablemente a un teólogo de igual envergadura. Suavemente fue un creador. Ahora bien, ya sabemos lo que fue su devoción a la Eucaristía, y son sus cánticos los que desde hace siglos enfervorizan a la Iglesia en su fiesta de Corpus. El tabernáculo era el lugar de su más profunda reflexión y su oración hallaba allí su fuente preferida y más fecunda. No se degenera siguiendo estos pasos.

Nos sorprende, pues, que algunos lancen hoy en día la duda, y desconcierten por insinuaciones preconcebidas la simplicidad de la fe cristiana sobre este punto. Sea la que sea la explicación o la expresión teológica — siempre humana — que un genio pueda dar, *la verdad permanece allí donde debe pararse la fe, donde puede apoyarse con seguridad la oración, sin esperar sabias revelaciones: Cristo, el de la Pasión y Eucaristía, permanece real y sacramentalmente presente entre nosotros.* El cristiano que va a morir puede recibirle como se le recibe en la Misa. El cristiano que necesita que la presencia del Señor le sea en cierta manera sensible puede acudir con seguridad junto al tabernáculo. *No se equivocará jamás.*

El sacerdote tiene el deber de no privar al cristiano de este tesoro.

Nuestra época morirá de frío si no reza ya. Olvidará a Dios. Devolvámosle el gusto y el sentido de la Presencia real que tanto necesita.

Pro-Prefecto de la Congregación
de Seminaristas y Universidades
Monseñor GARRONE

(Traducido de l'“Journal de la Grotte”. Lourdes, 10 abril 1966.)

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION

ISRAEL NUEVO ESTADO: SU ESTRUCTURA AGRICOLA Y COMERCIAL

XVI

Agricultura

Es muy notable observar, en Israel, una circunstancia que casi puede afirmarse no ha tenido parangón en lo que podamos llamar Edad Contemporánea.

Con un enorme sentido de originalidad y de personali-

dad, el reestablecimiento de los judíos en su antigua patria, lo fue, desde hace ochenta o cien años, bajo un signo preferentemente agrícola. Ello es notable, ya que, desde hace un siglo, todo se mueve bajo el signo de lo industrial, y el abandono del campo ha sido el signo característico — con su secuela tremenda de problemas sociales, incluso

de hambre, totalmente insolubles, ya que el mundo está aquejado por sobra de producción de todo, menos de alimentos, que es cabalmente lo más necesario — de todos los países y estados nuevos.

Por desgracia, sin embargo, nos tememos que también Israel va a perder su talento y su originalidad, ya que parece, como todo el mundo, rendirse a seguir la moda. El snobismo industrial le invadirá, como a todos, al igual que cualquier país nuevo, que tantos hay, ya solo sueña en industrias, en siderurgia, y en automóviles. Como si se pudiera la humanidad alimentar de automóviles y de aceros, en lugar de arroz o de procrear vacas, que tantas faltan.

Examinemos, sin embargo, la atención que dio Israel — y que por desgracia nos tememos no seguirá — al problema de la colonización de sus áridas tierras, probando de hacerlas aptas para la alimentación de sus reinmigrantes.

La agricultura de los «pioneros»

Admirablemente orientados, los primeros pioneros de Israel, al revés de todos los llamados pueblos jóvenes de hoy, comprendieron que lo esencial, en un país, es la agricultura. Nunca la industria, mucho menos necesaria, y que, al fin y al cabo, es siempre fácilmente improvisable. Profunda verdad que ignora todo el mundo. Ya que todo el mundo está en el funesto error de considerar a la industria como signo de país moderno y próspero, cuando cada día serán más los países industriales miseros, por razón que sobran, y que ya no sabrán a donde llevar su exceso de producción.

Verdad esta que ignoran supinamente los mejores economistas y estadistas más destacados.

Con enorme buen sentido, por tanto, aquellos primeros pioneros israelitas, que es de temer no sean seguidos, comprendieron que, su primera labor era hacer fértil a la dura Palestina. El llamado «haloutzismo» constituyó una especie de culto a la tierra, y ha permitido que, aún hoy en día gracias a aquel esfuerzo, el suelo de Israel pueda cubrir el 75 % de las necesidades alimenticias de tantos inmigrantes que ya sólo sueñan en apiñarse en las ciudades. Cosa rara, existió, sobre todo en las primeras épocas, una verdadera enseñanza agrícola, universitaria y técnica, que aún hoy, a pesar de la fuga del campo, siguen más de 6.000 alumnos (especialmente protegidos por el Histadrouth, del que hablamos en nuestro anterior artículo).

Tendencias socializantes

De lo que no hay duda es que, en general, toda esta colonización se ha hecho bajo signos colectivistas o socializantes, lo que choca, dado el carácter individualista de los hebreos. He aquí un punto que debería ser objeto de un verdadero estudio. Actualmente, de otra parte, un viaje a Israel, con sus colectivizaciones, propaganda, etc., da un cierto aspecto de una pequeña Unión Socialista; la-

mentamos, que, en muchas cosas, parezca un remedo de la URSS lo que, naturalmente, es de sentir.

Un fondo sano ha sido, en esta colonización, un celo de evitar, sin embargo, la explotación humana. Quizá su conexión con el carácter israelita, ha hecho que surgiesen multitud de formas, muy distintas esencialmente, de colectivización: así, por ejemplo, en unos puntos vemos un colectivismo radical, en otros simples formas cooperativas, etc.

En general, las nuevas aldeas o agrupaciones agrícolas han surgido sobre tierras pertenecientes al «Kéren Kayemet». Los fundamentos sociales de las mismas son:

La tierra es de propiedad nacional.

Los pioneros pagan alquiler al «Kéren Kayemet» y se comprometen a no tomar obreros con salario. Con esta medida se intenta fijar una población ligada al trabajo agrícola.

La monocultura está prohibida (sabia providencia). Cada localidad debe intentar producir todo cuanto necesita y bastarse, en lo posible.

Una agricultura demasiado especializada depende siempre de grandes crisis.

Todos los productos pasan por medio de la Cooperativa Tnouva. Ignoramos los resultados verdad de este sistema.

Los «kibboutzim»

En hebreo significa «asamblea». Comprende cada uno cerca de 500 miembros y a veces más. El «Kibboutz» es la puesta en valor colectivista de un fondo rural, de una aldea, pero por medio de una asociación libre, caracterizada por igualdad de sus miembros y total supresión de salarios y propiedad privada. Su lema es «a cada uno según su capacidad y méritos». Los capitales necesarios para el equipo, son suministrados por el Kéren Hayéssod y la tierra por el Kéren Kayemet. Todo miembro del Kibboutz es libre de abandonarlo. Existen diversos tipos, de un colectivismo más o menos acusado. Aparte la propaganda, no podemos menos que ser un poco escépticos sobre los resultados de estos sistemas que a nuestra mentalidad de occidentales aparecen harto utópicos, y que nos cuesta creer sean adoptados por pueblo tan práctico y realista como el judío.

Se nos ha ponderado mucho que los «kibboutzim» ejercen un verdadero culto de su hospitalidad. En muchos de ellos, especialmente en los situados en lugares bellos y pintorescos del país, conceden, según nos dicen a los visitantes, una acogida completamente desinteresada, siendo invitados a convivir, participando en su mesa y pasando la noche en sus mismas viviendas. A veces, los mismos habitantes les ceden las suyas, gratuitamente, a condición de que tal convivencia haya sido cordial. Y ello, a menudo por varios días. Incluso está recomendado a los turistas deseosos de conocer las nuevas facetas hebreas, el gozar de tan amable disposición.

Los «moshvert ovdim»

Más cerca de nuestra mentalidad y modo de ser, está el «Moshav Ovdim», o aldea cooperativa, que agrupa familias explotadoras autónomas, con salario, moneda, etc., y tan sólo la unión en la venta cooperativa. Cada uno tiene su iniciativa y responsabilidad de familia y tierras. Sin embargo, también tiene principios, en general colectivistas, como los que siguen:

La tierra asimismo es propiedad de la nación (alquilada por el Kéren Kayémet y con la ayuda financiera del Kéren Hayéssod).

Las entregas de tierra vienen limitadas al número y capacidad de trabajo de cada familia.

Pueden dedicarse, en casos autorizados, a la monocultura. Y tienen más libertad que los «Kibbutzim».

También cada familia es propietaria de su maquinaria agrícola, e inquilina autónoma e independiente.

En cambio existe entre todas las familias una hilazón cooperativa muy rígida, obligatoria de ayuda mutua, dentro del Kibbutz.

Los «moshavim chitoufim»

Vienen a ser como un compromiso entre el Kibbutz y el Moshav, con respeto a la vida e iniciativa familiar, pero guardando los demás principios extremadamente colectivistas del primero.

La «Moshava»

Es la explotación típica libre y capitalista según la entendemos en Occidente, fundada en la propiedad e iniciativa privada que, huelga decir, recupera su terreno. Y no podemos extendernos más en multitud de formas sociales que, de otra parte, la actual inmigración — aportando judíos de muy distintas mentalidades según sus países de proveniencia, unos de tipo netamente capitalista y otros hasta comunistas — hace prácticamente necesarios. Citemos tan sólo la «Ma'Abara» o «transición», aldea de obreros independientes abierta a nuevos inmigrantes, pero de carácter provisional.

Organización corporativa

Las entidades u Organismos centrales hebreos relativos a la agricultura son:

El Centro Agrícola de Obreros (radica con la Histadruth).

El Consejo Agrícola de aldeas cooperativas y pequeños propietarios.

La Federación de Granjeros (con más de 6.000 miembros). Abarca gran parte de la producción naranjera, etc. Todos estos Organismos tienen amplia influencia estatal y pública.

La industria

No nos queda espacio para extendernos más; ya hemos dicho que, al igual que en todos los países, la equi-

vocada ola industrializante se deja sentir en Israel, y, probablemente, aportará nuevos problemas: mayor carestía de vida, vida más difícil, salida costosa de productos que, al fin y al cabo, ya los produce todo el mundo, etc. Pero la mentalidad universal es así, y no será Israel una excepción. La acumulación de inmigrantes en las ciudades, y la búsqueda, poco meditada, de solución en una superproducción, industrial, con la única salida en una difícil y problemática exportación, aparece ya inevitable. De otra parte, sus inmigrantes serán obreros, de los que el mundo está sobrado, y no campesinos, que faltan en todas partes.

Su industria se va extendiendo a todos los renglones. Como no, la siderometalurgia y la industria automovilística (ya existen cadenas de montaje) con harta falta de originalidad, ya constituyen el sueño, el «complejo» de todos los habitantes del nuevo Estado, como si la siderometalurgia fuese la panacea universal. Aparte de esto, destaca también inevitablemente la fabricación de plásticos, tan excesiva en todo el mundo, y la de electrodomésticos tan sobrante en todas partes. Con mayor originalidad, destaquemos la producción de artículos más interesantes, como son textiles, cueros, y, sobre todo, los tan necesarios artículos alimenticios así como conserveros. Señalemos vidrio y cerámica, vinos y licores (el vino en Palestina es magnífico, aun cuando el judío no sea un gran catador del mismo modernamente) y, entre la vieja artesanía propia de la raza, la talla de diamantes, artículos de metal, imprenta, etc., sintiendo no poder extendernos más sobre el tema.

Comercio

El genio israelita no podrá menos que aprovechar la admirable situación predestinada de Palestina para el Comercio mundial. Ya en la Edad Antigua, era el centro del mundo; por ella discurrían todas las grandes caravanas. Las rutas de éstas, así como las de las Legiones romanas, transitaban por la tierra que Dios reservó en herencia a los hijos de los Patriarcas, a condición de que se supiesen hacer dignos de ella.

Hoy el pequeño Estado está rodeado de un mundo árabe hostil, que hace poco menos de él que una plaza sitiada. Las realidades, cada vez más crecientes de la aviación, sin embargo, van a permitir sobrellevar este misterioso y pertinaz sitio. De otra parte, una moderna y eficiente — aun cuando de momento pequeño — flota mercante, ya surca los mares, en especial, naturalmente, el Mediterráneo, con la estrella de David.

En Jerusalén existe la primera Cámara de Comercio de la Nación. Otra, la mayor, en Tel-Aviv agrupa ya dos mil miembros, y una tercera en Haifa, el mayor puerto nacional, se aproxima a ella en importancia. Estas Cámaras están conectadas con la Asociación de Fabricantes de Israel, que viene a ser la Cámara de la Industria del nuevo País, con más de 1.500 miembros activos y 12 grandes secciones.

LUIS CREUS VIDAL

CONGRESO INTERNACIONAL

Los días 1, 2 y 3 de abril tuvo lugar en Lausana el tercer Congreso de la Oficina Internacional de las obras de formación cívica y de acción doctrinal según el derecho natural y cristiano. Es imposible resumir en unas pocas líneas el complejo número de actividades desarrolladas y la riqueza doctrinal puesta de manifiesto por los distintos conferenciantes. Por esto CRISTIANDAD reserva para un número posterior una relación completa de lo que fue el Congreso de Lausana. Vamos a resumir aquí algunos de sus aspectos.

En el magnífico marco del Palacio Beaulieu de la ciudad del Lemán se reunieron mil setecientos participantes de distintas naciones de Europa y América para estudiar, a la luz de las enseñanzas de la Iglesia, el tema de LOS LAICOS EN LA CIUDAD. Hay que destacar desde un principio el elevadísimo porcentaje de jóvenes de ambos sexos cuya edad no llegaba a los veinticinco años. Ello es el mentís más absoluto a la creencia de que hay actitudes que sólo atraen a las personas de edad madura.

El horario de cada día empezaba con la Santa Misa, seguida con unidad y devoción por todos los asistentes. La del último día, que coincidió con el domingo de Ramos, alcanzó la máxima solemnidad. Después de la tradicional bendición de las palmas siguió la Misa Concelebrada, oficiada por cinco sacerdotes pertenecientes a otras tantas naciones. Francia, Polonia, Canadá, Bélgica y Chile. Sería incontable el número de comuniones repartidas a lo largo de los tres días. Por la tarde los congresistas se reunían otra vez en la capilla para el rezo del Santo Rosario y la visita al Santísimo y el domingo para el canto de Vísperas.

Cada una de las nueve conferencias fue pronunciada por personas ampliamente conocidas en sus respectivos países por sus actividades civiles o religiosas a los cuales hay que añadir los presentadores. Estos no se limitaron a la función normal de un presentador sino que cada una de sus intervenciones era otra conferencia. Ello eleva a dieciocho el número de participantes activos, lo que da idea de la importancia del congreso.

España estuvo representada entre los oradores por don Blas Piñar López, que en una brillante conferencia trató del tema de la libertad religiosa. Recordamos de una manera especial la intervención de Hamish Fraser, por la afinidad perfecta de su punto de vista con el ideal que desde hace más de veinte años defiende CRISTIANDAD.

Interesantísimos resultados los forums sobre gran cantidad de temas distintos que agrupaban a los congresistas según sus aficiones. Alcanzó el máximo interés el que presidieron conjuntamente Jean Madiran, director de "Itinéraires", y el conocido escritor Michel de Saint-Pierre en torno al tema de las reuniones de información.

El congreso de Lausana sirvió para iniciar o continuar importantes cambios de impresiones y contactos personales que habrán de ayudar a todos aquellos que se han impuesto como meta la implantación del Reinado Social de Jesucristo.

No dudamos que nuestros lectores acogerán con interés el resumen más completo que publicará CRISTIANDAD, D. m., este verano. Nuestra revista estuvo representada por cinco de sus redactores.

MANUEL POCH CAMPDURÁ

MOCION FINAL DEL TERCER CONGRESO DE LA OFICINA INTERNACIONAL DE LAS OBRAS DE FORMACION CIVICA Y DE ACCION DOCTRINAL SEGUN EL DERECHO NATURAL Y CRISTIANO

Mil setecientos congresistas de la Oficina Internacional de las obras de formación cívica y de acción doctrinal según el derecho natural y cristiano, reunidos en Lausana los días 1, 2 y 3 de abril de 1966 para estudiar las tareas actuales de los laicos en la ciudad,

- afirman su fidelidad a todas las verdades definidas por la Iglesia docente;
- declaran su adhesión a las enseñanzas sobre el laicado contenidas en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, en la Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo, y en el Decreto sobre el Apostolado de los laicos, promulgados en el Concilio Vaticano II;
- constatan que, no solamente la posibilidad de una civilización cristiana, sino incluso la fe en la misma, están amenazadas hoy día principalmente por falsas ideas sobre la naturaleza del hombre, sobre

la sociedad y sobre la Historia; los medios de comunicación, de organización y de información son cada día más empleados en la subversión del orden natural;

- subrayan que tal situación agudiza directamente las responsabilidades que atañen directamente a los laicos;
- preconizan los métodos de acción temporal fundados en la reconstrucción de los fundamentos sociales, es decir, las familias y los cuerpos intermedios entre las familias y los poderes públicos;
- llaman al laicado cristiano a unirse y organizarse al nivel de los cuerpos intermedios: en este camino encontrará de nuevo ejerciéndolo con frecuencia, el poder temporal que es el suyo, y cuyo oscurecimiento es indispensable al desarrollo del totalitarismo moderno.